
Entre
Pétalos
Y
Sueños
Victorya Serrada

ENTRE PÉTALOS Y SUEÑOS

©Victorya Serrada, marzo, 2024

©Todos los derechos reservados

Foto de portada by ShutterStock Bigsmile625

Diseño de Portada: Wolfgang Milwokee

Queda prohibido reproducir total o parcialmente por cualquier medio analógico o digital el contenido de este libro, sin el permiso de la autora.

Los personajes que aparecen en esta obra son totalmente inventados.

Cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

SINOPSIS

Lily llega al pueblo de su abuela que está a orillas del Mar Mediterráneo, para vender la floristería que le ha dejado en herencia. Lo quiere hacer cuanto antes para no encontrarse con el chico con el que se topaba todos los veranos que no paraba de meterse con ella y al que sigue odiando con todas sus fuerzas. Cuando su amiga Ros cuelga el cartel de «SE VENDE» aparece un hombre joven, misterioso, guapo a rabiar y le dice que le compra el local. Lily no se lo piensa dos veces. En ese tío increíblemente sexy ve la manera de deshacerse de sus recuerdos y de tener una cita que ¡ya iba siendo hora! Por desgracia para ella, el hombre comete un «error táctico» y Lily descubre quién es realmente el misterioso comprador. A partir de ahí y de un diario con las últimas voluntades de Susi, la abuela de Lily, nuestra protagonista descubrirá que no es tan fácil deshacerse del pasado y que quizás puede ser divertida la venganza contra ese hombre al que le tiene mucha manía y que sin embargo no puede quitarse de sus pensamientos y de su corazón. ¿Lo conseguirá? ¿O quedará enredada en esta tela de amor y deseo en medio de un paisaje

idílico?

CAPÍTULO UNO
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO TRES
CAPÍTULO CUATRO
CAPÍTULO CINCO
CAPÍTULO SEIS
CAPÍTULO SIETE
CAPÍTULO OCHO
CAPÍTULO NUEVE
CAPÍTULO DIEZ
CAPÍTULO ONCE
CAPÍTULO DOCE.
CAPÍTULO TRECE
CAPÍTULO CATORCE
CAPÍTULO QUINCE
CAPÍTULO DIECISÉIS
CAPÍTULO DIECISIETE
CAPÍTULO DIECIOCHO
CAPÍTULO DIECINUEVE
CAPÍTULO VEINTE
CAPÍTULO VEINTIUNO
CAPÍTULO VEINTIDÓS

CAPÍTULO VEINTITRÉS
CAPÍTULO VEINTICUATRO
CAPÍTULO VEINTICINCO
CAPÍTULO VEINTISÉIS
CAPÍTULO VEINTISIETE
CAPÍTULO VEINTIOCHO
CAPÍTULO VEINTINUEVE
CAPÍTULO TREINTA
CAPÍTULO TREINTA Y UNO
CAPÍTULO TREINTA Y DOS
CAPÍTULO TREINTA Y TRES
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

Para mi Lucía, este año será maravilloso.

CAPÍTULO UNO

LA HERENCIA

«Estaba claro que cuando algún familiar moría legaba algo de dinero y muchos problemas», pensaba Lily mientras abría la puerta de la floristería que le había dejado su abuela paterna en herencia.

El olor a moho tiraba para atrás. La tienda llevaba cerrada algo más de tres meses. Comenzó a estornudar. No pudo visitar mucho la tienda, mientras estuvo abierta. Aunque pasaba los veranos de su niñez junto con Susi, su abuela.

Le empezaba a picar la nariz, se le hinchaba como una porra, le lloraban los ojos Se le ponían rojos como si fuera un vampiro. Bien que lo recordaba cuando llegaba al pueblo y el niño de la vecina de su abuela, Adrián, se reía a carcajada limpia de ella.

¡Dios, cómo le odiaba! Era un niño repelente, repeinado, con los dientes torcidos que ni se molestaba en cepillarlos cuando se le encontraba en la plaza del pueblo y empezaba a chinchorrearla con la puta nariz enrojecida. Hasta que un aciago día tuvo la mala suerte de correr detrás de él y caerse de bruces rompiéndose la tocha. Aquel verano no lo olvidaría en la vida.

Tenía que deshacerse del local lo antes posible. Parecía una chorrada, pero aquel niño, la había marcado como un hierro incandescente en la nariz para toda la vida.

Aún hoy en día soñaba con el niño asqueroso, con los dientes torcidos, mofándose de ella y persiguiéndola por las esquinas de cualquier plazoleta o callejuela de mala muerte y…

—¡Qué maravilla, Lily! ¡Es un local enorme! —Rosaura, su amiga, la había acompañado hasta el lugar, para darle ánimo y fuerza mientras se enfrentaba a sus monstruos infantiles.

—Ros, cariño, cuelga el cartel de «SE VENDE» y vámonos de aquí cagando leches.

—Pero ¿por qué? Deberías pensártelo. Tienes un montón de posibilidades de desarrollar un curro de puta madre. Empezarías un negocio nuevo, en un lugar donde hace años que no saben de ti.

—¡Ja!

—Lily, imagínate: jarrones de barro, para los girasoles, las margaritas… Allí en el fondo colocarías las estanterías transformadas en carritos móviles con toldos de colores, con macetas de pensamientos, azucenas… —La idea le apasionaba. Acababa de realizar un máster en Paisajismo y Urbanismo y probablemente iba a comenzar un proyecto ambicioso para una empresa urbanística, pero nada que ver con su imaginación desbordante. De hecho, en sus sueños más inconfesables veía el rótulo de la tienda:

«Entre pétalos y sueños»

El pueblo estaba a orillas del Mediterráneo. Adoraba las callejuelas que serpenteaban sin ningún orden aparente, con sus casas de paredes curvas, sus techos abovedados, sus calles empedradas, sus rincones adornados de buganvillas rosas, violetas… La luz incomparable que no había visto en ningún otro lugar…

—¡*Pfffff*! —resopló, Lily—. No sigas, Ros.

—¡Pero si eres una flor con patas! ¿Te has parado un momento a mirarte delante del espejo? ¿Tus uñas? ¿Tus brazos? ¿Tus piernas? ¿Tus tetas?

En la tienda solo quedaba una mesa con varios cajones y un espejo de cuerpo entero, lleno de polvo. Lily se acercó a observar su reflejo. Aunque estaba lleno de polvo, la imagen que le devolvió fue casi irritante para ella.

En la clavícula izquierda llevaba tatuadas las flores del palacio de Cnosos. El dibujo continuaba por el pecho, el esternón y seguía hasta su abdomen.

No era un tatuaje de grandes dimensiones… Destacaban un poco más, el príncipe de los lirios, y las golondrinas. Se quitó el abrigo blanco, los guantes, el gorro y el jersey. No solía llevar sujetador. No tenía mucho pecho, y además le hacía sentir más libre.

Quería saber si en realidad aquel espejo le decía la verdad. Recordaba que su abuela le decía:

—*«Lily, tú eres una niña hermosa, ¿ves? Tu nariz, no está hinchada, tiene el color de las amapolas en primavera, acércate más al espejo. Él no miente…»*

Sonreía, al recordar las palabras de la abuela Susi. Las yemas de la mano de Lily seguían el rastro de la tinta con delicadeza, parándose a acariciar los pétalos de los lirios que rozaban ligeramente uno de los pezones de la joven…

CAPÍTULO 2

LA MIRADA INDISCRETA

Cuando el hombre puso la mano en el pomo de bronce de la floristería, y alzó la vista se quedó de piedra. Tragó algo así como dos litros de saliva mientras contemplaba la imagen más hermosa que había tenido la suerte de admirar.

Se tomó unos cuantos segundos más antes de que se deshiciera el hechizo, anunciando su presencia.

No estaba muy seguro de si ella le iba a reconocer, habían pasado muchos años, casi veinte desde la última vez que se ensañó con Lily. Por la información que manejaba, sabía que vendría más tarde o más temprano a poner la tienda en venta.

Él la necesitaba. Sus campos de cultivo de flores estaban cerca, muy cerca, las instalaciones eran perfectas para él, sin embargo, había una cosa que anhelaba mucho más que aquello que le parecía algo secundario, lo que más necesitaba era, «El Diario De Susi»

Cuando era pequeño, pasaba mucho tiempo en la floristería con Susi. Adoraba a aquella mujer. Y a su nieta también. Solo que no tenía muy claro cómo acercarse a aquella niña de trenzas pelirrojas y nariz roja como las amapolas.

En secreto, le escribía en las noches de verano poemas de amor. Pero cuando la tenía de frente, para llamar su atención lo único que se le ocurría era tirarle de las trenzas y meterse con su preciosa nariz de tomate.

Sonrió. Ahora todo había cambiado. Él era un hombre de negocios, y necesitaba aquel diario para poder cultivar la Estrella de Luna.

Aquella flor le quitaba el sueño. Sabía que Susi hacía un ritual en las noches de verano. Que salía al bosque con su abuelo, que danzaban desnudos, que se bañaban a la luz de la luna… Y que cuando volvía a casa llevaba aquellas flores prendidas en el pelo.

Escondido detrás de unos arbustos de romero, prestaba atención a la anciana risueña de pelo canoso, que escribía en aquel cuaderno de cuero, algo que le servía para cultivar y vender aquellas flores tan codiciadas en el mercado europeo.

Carraspeó y dijo:

—¡Feliz día! —Ros se giró y puso cara de haber visto un helado de vainilla con nueces de macadamia. Quería lamer a aquel tipo de arriba abajo, sin que le quedara un rincón por el que no pasara su lengua. Así era ella.

—¡Pasa, cielo! ¿Te conocemos? —Sin disimular ni un ápice se acercó hasta donde se encontraba aquel bombón de tío y le plantó dos besos en la cara, uno por mejilla, como decía la canción. El hombre no pudo evitarlo y sonrió. Tenía una boca preciosa, de cine, de anuncio de pasta dental con aquellos dientes tan perfectos y blancos…

—No lo creo.

—¿Y qué te trae por aquí? ¿Las tetas de Lily? — enseñó los dientes a modo de sonrisa, mientras se colgaba del brazo del macizo.

En ese momento, Lily bajó a la tierra de golpe. Como si hubiera experimentado el éxtasis de Santa Teresa y de repente se hubiera encontrado con el pecado hecho realidad.

Se llevó las manos al pecho, y sin poder evitarlo se abalanzó sobre el jersey que había dejado tirado en el suelo. No tuvo suerte, pues tropezó a medio camino entre el jersey, su amiga y el macizo con vaqueros, camiseta blanca y cazadora.

Lily comenzó a temblar. La vergüenza no la abandonaba, mientras que Rose no paraba de cotorrear sobre la torpeza de su amiga.

—Te ayudaré, no te inquietes. —Se agachó y tomó el jersey color lavanda del suelo. La animó a que subiera los brazos y se lo puso en un sencillo y rápido gesto.

Cuando Lily alzó la cabeza, miró de frente al extraño que tenía a menos de diez centímetros de su cara. Cerró los ojos y aspiró el suave aroma que despedía el cuerpo del hombre. Era toda una delicia para los sentidos, oler ese perfume tan rico a las diez de la mañana.

—¡Gracias! —susurró, Lily.

—Ha sido un placer —insistió él.

—Y, dinos ¿qué se te ha perdido, por estos lares? —añadió, Ros deshaciendo la magia entre los otros dos.

—Tengo entendido que este local se vende. Y estoy interesado en él. —La sonrisa de bobalicón le inundaba la cara. Lily empezó a relajarse y le acarició el mentón. Lo tenía rasposo. De barba de al menos dos o tres días.

—Es tuyo —respondió Lily. Simple y llanamente. Este local le traía muy malos recuerdos. Adoraba a su abuela. Pero los traumas infantiles, no los había superado, por mucho que Ros le dijera que eran conflictos no resueltos por falta de una buena hostia a tiempo.

No a ella, por supuesto, sino al niño de los dientes torcidos que se hubiera merecido unas cuantas por parte de Lily. Pero su madre que era muy *zen,* en los momentos que estaba con ella y eran pocos, educaba a la pobre niña en valores tan elevados, en los que no estaba contemplado, por supuesto, el derecho a defenderse de los ataques de un puto niño malcriado.

—Vale. —sonrió el hombre. A cambio de la caricia, él le apartó un mechón de pelo que se le estaba metiendo en la boca. Con mucha delicadeza se lo colocó detrás de la oreja. Se fijó en el lóbulo. Llevaba un par de pendientes que brillaban como sus ojos. Parecían diamantes.

—¿Cuándo quedamos? Para firmar los papeles, digo.

—Mi abogado está en el coche. Si quieres, agendamos el día. —Lily, tenía un empanamiento de órdago. Notaba que la lengua no hacía caso a su cerebro y que la muy capulla, iba por libre.

—Me llamo Lily. Si me das un par de horas, llevo el espejo y la mesa de la abuela al punto limpio y firmamos la escritura de compraventa.

—¡Espera un minuto, querida! —interrumpió Ros—. No conocemos al caballero, ni tan siquiera nos hemos presentado.

Se puso entre medias de los dos. Dejó caer sus manos, para que se agarraran a ella y se pusieran en pie. Lo hicieron de manera mecánica. Sin soltarlos, Ros los llevó hasta la mesa que

estaba en uno de los rincones de la tienda y los tres se sentaron en ella. Ros en medio de los dos, para apagar las chispas que salían de los ojos de los dos tortolitos.

«Menos mal que estoy aquí, sino esta pazguata le regala la tienda al primer golfo que se le cruce por el camino…», pensó Ros.

—Veamos, y dices que te llamas…

—No hace falta que tires ese par de muebles, Lily. Yo me encargo de llevarlos al punto limpio. Paso por allí, de camino a la oficina. He traído la *pick-up*, no me cuesta ningún trabajo. —El hombre miraba con demasiada ansiedad a los cajones de la mesa. Aquello no pasó desapercibido a los ojos astutos de Ros.

Con mucho disimulo, Ros pegó un codazo a Lily. Era la señal que tenían acordada las dos amigas en caso de que algo les sonara «raruno».

Lily pegó un pequeño respingo ante la señal de alarma. Intentó comportarse como una mujer adulta de treinta años y no como una adolescente que solo oía a su cuerpo y se ponía a hormonar como una loca ante la llamada del macho alfa.

—¿De dónde eres? —carraspeó, Lily.

—De aquí, de Costa Flor.

—¿En qué trabajas?

—Si estáis interesadas, podemos tomar un café y mi abogado os pondrá al día.

Las dos amigas se miraron un instante. Lily guiñó el ojo derecho a Ros. Eso significaba que aceptaba la invitación. Ros le guiñó también, pero esta vez fue el izquierdo en señal de conformidad.

—De acuerdo —contestaron las dos a la vez.

Salió un momento de la tienda y habló un rato con el abogado que estaba sentado en el asiento del copiloto.

Cuando salió de la camioneta, Ros sintió que el corazón se le salía del pecho. Aquel tío le estaba rompiendo todos los esquemas. Era exactamente lo que estaba buscando. Un tío con gafas de pasta, con el pelo canoso, bien afeitado y con un traje azul marino que le sentaba como un guante.

¡Le ponían tanto los tíos profesionales que mandaban a los malos a la trena, que solo de pensarlo se hacía pis del gusto!

—¡Tía, Lily vaya dos patas para un banco! ¿Cómo no hemos venido antes a este pueblo de mala muerte?

—Ya sabes, la alergia —contestó Lily, absorbiendo por la nariz.

Cuando entraron los dos hombres se dirigieron directamente a la mesa y la cogieron cada uno de un extremo. Lily frunció el ceño. No recordaba haberles dado permiso para que retiraran aquella mesa vieja de su abuela Susi.

—Un momento, no te he dado permiso para que cogieras esa vieja mesa. —Los dos hombres se pararon en seco. Notaba que el tío de los vaqueros empezaba a sudar de manera

incomprensible. Apoyó las patas de la mesa en el suelo y respondió:

—Te dije que no hacía falta que te molestaras. Yo te la llevaré encantado al punto limpio.

Y volvieron a izar la mesa, para sacarla de la tienda.

—¡Un momento! —Ros levantó la mano y paró a los dos hombres.

—¡Quietos ahí! Dime tu nombre —insistió Lily.

—Ya te lo he dicho —aseguró el tío con una sonrisa lobuna. El otro hombre se mantenía en silencio. Sin embargo, la mirada que lanzaba a través de las gafas a Ros, no la dejaba en absoluto indiferente.

—No lo recuerdo —respondió Lily.

—Ni yo tampoco —aseguró Ros, poniendo los brazos en jarras.

—Adrián —susurró.

—¡No me jodas! ¡Eres el dientes *torcidooossss*!

Acababa de revolvérsele el estómago a Lily, al punto de vomitar.

CAPÍTULO TRES

ABAJO LAS CARETAS

«¿Qué cojones hacía aquel puto cerdo, en su tienda, en su casa, en su vida, de nuevo?», se dijo Lily. Su amiga comenzó a silbar.

—¿Por qué te quieres llevar la mesa a toda costa? ¿Qué tiene que te corres de gusto? ¿Eh? —Ros se acercó hasta los cajones, abrió el último y sacó un cuaderno de cuero, desgastado por el tiempo.

Adrián se llevó la mano a la cara y se revolvió los pelos. Oliver, su abogado, resopló.

Con total parsimonia abrió la vieja libreta y leyó en voz alta:

—«Siembra, cultivo, cuidados y recolección de la Estrella de Luna, Susi, mil novecientos setenta y cuatro». —Ros lanzó el cuaderno hasta las manos de Lily.

Con manos temblorosas abrió y comenzó a leer algunas líneas en voz alta:

—*«Así hemos quedado Adrián y yo. Mi amado guardará el receptáculo donde cosechamos el polvo de estrellas y yo conservaré la otra parte. La que secretamente ocultamos en ese lugar que solo él y yo sabemos. Lidia no puede enterarse de esto o nos matará…»*

—¿Mi abuela Susi y tu abuelo Adrián estaban liados?

—No solo eso, guardaban un gran secreto… —refunfuñó Ros. A pesar de que estaban a mediados de enero, hacía un calor en ese lugar de mierda, que le estaba haciendo sudar a chorros. Se quitó el abrigo y la chaqueta del traje rojo de Armani, que había estrenado ese mismo día. Una corriente de aire abrió de par en par la puerta de la floristería, refrescando el ambiente. Los pezones de Ros se pusieron duros como una roca, cosa que no pasó desapercibida al abogado.

—¡Contesta! —vociferó Lily.

—Pues sí —asintió Adrián.

—Tú no quieres el local. Venías aquí totalmente encoñado con esto, ¿no es así?

—No —mintió descaradamente.

—Te lo voy a volver a preguntar. —Adrián levantó la mano. En señal de «se acabó». Los dos hombres abandonaron la floristería, montaron en la furgoneta y salieron de allí en medio de una nube de polvo.

La floristería no estaba en el centro del pueblo. Se encontraba en el camino del bosque de pinos. Detrás de la tienda había otro bosquecillo de adelfas. Su abuela le tenía prohibido acercarse a esa zona. Hablaba de las adelfas como flores que carga el diablo, debido a su belleza, pero también a su toxicidad.

No obstante, alguna noche de luna llena la había pillado con las manos en la masa, es decir, saliendo a escondidas hacia el bosque de adelfas con una *pashmina*, rodeándole el cuello, los brazos y cómo no, el pelo y la cabeza.

—¡Tía, qué pasote! ¡Aquí ha ocurrido de todo en menos de veinte minutos!

—¡De traca! ¿Te has fijado como ha venido a seducirme?

—Nena, no estabas preparada para recibir un cañonazo de ese calibre.

—¡Toda la vida riéndose en mis putas narices, y ahora, ahora…!

—¡Ahora no le reconoce ni la madre que lo parió! ¿Te has fijado bien? —Revolvió en su bolso *Birkin,* sacó una pitillera y encendió un cigarrillo.

—Pero ¿no se da cuenta de que me ha jodido la vida? —Lily, que se restregaba la frente con las dos manos, estaba ansiosa perdida.

—¡No exageres, tía! Lo que pasa es que has visto su nueva versión y se te han pelado los cables.

—En mi vida pude imaginar que un tío así pudiera perseguirme en mis pesadillas…

—Y ahora en tus mejores sueños, ¿has visto sus ojos? Verdes como este mar que nos rodea, por no hablar del paquete que alberga entre sus piernas. —Ros pestañeó varias veces. Eso le sacaba de quicio a Lily.

—No sé qué hacer, Ros. Por un lado, quisiera pirarme de aquí y no volver nunca más, pero por otro…

—Véngate.

—¿Cómo dices?

—Él quiere algo que tú tienes… —Alzó una ceja, pegó una calada al cigarro, se dirigió a la puerta y lo apagó en uno de los ceniceros que había puesto el ayuntamiento.

A Lily se le había olvidado por un segundo el diario de Susi. Allí estaba, depositado encima de la mesa, como algo aparentemente inocente pero que había trastocado su vida nuevamente. Aun así, se dirigió primeramente al espejo. Volvió a mirarse. Tenía los ojos brillantes, como si lanzaran chispas. Sonrió:

—Tienes toda la razón, Susi. —De su boca no salió el nombre de su amiga, sino el de su abuela.

CAPÍTULO CUATRO

EL SABER ES PODER

El cuaderno no era muy grueso ni muy grande tampoco. Tenía una goma negra que servía de cierre, como una agenda *Moleskine*. Lily se acercó hasta la mesa, cogió el diario y lo guardó en el bolso.

—¡Vámonos a tomar algo!

—¿Qué tal si desayunamos?

—Ros, vamos a desayunar, a buscar una casa y a dar por culo a Adrián. Tengo que saber y necesito que me ayudes.

—De acuerdo. Pero no creo que sepa más que tú.

—Siempre hay algún hilo del que tirar, Ros.

Montaron en el coche y tomaron rumbo a la playa. Aparcaron y entraron en el Bahía Beach.

Se sentaron en la terraza, el sol comenzaba a calentar. Pidieron un desayuno a base de zumo, café tostadas, huevos…

—Tenemos un mes para volver a Madrid. Es todo el tiempo del que disponemos antes de que inicies el proyecto de jardines del barrio del Ensanche.

—Será suficiente, para lo que quiero hacer.

—Lo único es que le vendas a precio de oro, la agenda de tu *abu*.

—Primero la leeré, después evaluaré las ventajas y desventajas y actuaré en consecuencia.

—Follátelo. Date el gustazo. El tío ha cambiado, ¡ja, ja, ja! —Ros se descojonaba de la pobre Lily.

—No puedo. Se lo debo a mi infancia. Follar es una cosa, pero vengarte del niño que te jodía las vacaciones de verano, es jugar en otra liga, amiga.

—Veamos su CV. —Ros sacó la *Tablet* de la cartera que llevaba siempre, pues su jefa Lily, necesitaba información de todo el mundo. Siempre sostenía que saber sobre los demás daba poder, mucho poder, tanto como para poder jugar con ventaja sobre el adversario.

—Soy toda orejas, dispara.

—«*Lelieprácht Bloemen*», ni puta idea de cómo se pronuncia el nombre de su empresa. Ingeniero Agrónomo, máster en Horticultura, manejo de suelos, cultivo sostenible de flores autóctonas, variedades exóticas, implementación de estrategias de sostenibilidad en el cultivo y manejo de residuos… Bla, bla, bla.

—No me dice nada. Todo eso ya lo sé.

—Entonces, ¿para qué me estás haciendo perder el tiempo, querida? Bien que te podías haber ahorrado el disgusto de enfrentártelo cara a cara.

—Nunca he querido saber cómo era su aspecto físico. Mantener la llama viva del odio

requiere de mucha energía por parte del odiador, Ros.

—No me digas que no has fisgoneado ni un poquito sus redes sociales. ¡Con lo controladora que eres!

—Continua. No te voy a responder a toda esa mierda que me tiras a la cara.

—Como tú digas. A ver, *mmmm*… Empresa Floral TulipGrove, supervisión y crecimiento de bulbos, zona de Keukenhof y Lisse.

—Interesante. El tío está forrado. Meritocracia a tope —susurró Lily. Aquel tío se había dedicado en cuerpo y alma al cultivo de flores.

—Tía, la meritocracia no existe, salvo contadas y honrosas excepciones. Cuéntame quién estaba detrás de Steve Jobs, pues el señor Hewlett Packard, o de Bill Gates…

—Lo sé, Ros. Busca por ejemplo dónde tiene ubicadas las tierras de cultivo, si las heredó, si las compró.

—Las de aquí, son heredadas de su abuelo paterno.

—Ahí lo tienes. Su abuelo Adrián. El que se lio con mi abuela Susi. —señaló con un dedo adornado con un anillo de plata y turquesas a su amiga.

—¿Y tú no sabías eso? ¿No te llegaba la sangre al seso para sumar dos y dos y que te salieran cuatro?

—Algo barruntaba. Pero me preocupaba más mi nariz de pimiento, y encontrarme con el niño asquerosito.

—¿Te traduzco *«Leliepracht Bloemen»*? —Ros sonreía con malicia.

—Será una puta chorrada. Los empresarios utilizan palabras en otros idiomas para tirarse el pisto…

—«Hermosos Lirios del Valle», ¡ja, ja, ja!

—¡Me estás tomando el pelo!

—¡Tú misma! —Y le pasó la *Tablet* para que comprobara lo que el traductor de Google había colocado en el cuadradito correspondiente a la traducción al castellano. Lily se puso nerviosa, estornudó, se rascó la nariz y dijo:

—¿Cómo se atreve a…?

—Los niños, esos seres inmaduros, que cuando se enamoran perdidamente, no hacen otra cosa que tocar las pelotas a sus amadas… Era su manera de decirte que te adoraba, que te amaba, que… —Ros soltó una carcajada que irritó sobremanera a Lily.

—¡Eso es una puta patraña!

—¿Me puedes decir qué significa exactamente tu nombre, Lily, querida? —preguntó Ros con cara de no haber roto un plato en su vida, aunque llevara más de cinco vajillas descacharradas.

—¡Lirio, significa Lirio!

—¡No más preguntas, su señoría!

CAPÍTULO CINCO

LA AGENDA

Llevaban poco más de una semana en el pueblo y Lily aún no había abierto el diario de su *abu*. Ella adoraba a Susi. Su madre era la típica empresaria que nunca se preocupó por la niña que ella fue. De su padre para qué hablar.

Las dejó tiradas en medio de ninguna parte. Claro que su madre era una mujer empoderada, libre, independiente, que le importaba una puta mierda lo que hiciera su padre. Se las apañó para endilgar a la pobre Lily a la abuela durante los veranos de su niñez, a pesar de las alergias; durante las etapas del colegio la cuidaba la hija de la vecina a la que pagaba una miseria para que la vigilara mientras hacía los deberes del cole.

No quería pensar, así que después de ducharse y mientras desayunaba abrió el diario. Habían alquilado una casa con vistas al mar. Echó un vistazo al ventanal. El día estaba nublado. Había pedido a Ros que fuera al mercadillo a comprar fruta.

Ros era una mujer muy especial. Había entrado en su vida en uno de los peores momentos. Estaba totalmente jodida. Habían trasladado al hospital a Susi y Lily se había encargado de cuidarla y atenderla en los últimos momentos de su vida.

Ros se encontraba en la habitación de enfrente. Recogiendo los escombros de su vida anterior. Su marido la había dejado tirada, igual que su padre a su madre y a ella. El problema era que la madre de Lily no era Ros.

Ros no gestionó tan bien la separación. Podría decirse que se le fue «un poco» la pinza al querer cambiar el *look*. Demasiadas operaciones estéticas en poco tiempo la procuraron una peritonitis de la que salió por los pelos.

Conectaron enseguida. En la máquina del café de la planta tercera del hospital. Lily lloraba en silencio. Ros aullaba. Lily sacó un chocolate, Ros un café solo bien cargado.

A Lily se le había olvidado el bolso en la habitación. Ros le pagó el chocolate.

Lily le dio un pañuelo a Ros para que se limpiara las lágrimas. Ros le ofreció un cigarrillo. Lily no fumaba, pero le prestó el mechero de su abuela. Con un pequeño gruñido y un choque de puños, Ros se despidió.

Cuando regresó de la terraza, y entró en la habitación donde se encontraba la abuela de Lily, contempló cómo Susi abandonaba este mundo. De forma tranquila, relajada, abrazada a su nieta.

No se lo pensó dos veces. Se abrazó a ellas dos como si se tratase de dos mujeres de su propia familia. Ella que era una Mendinga emocional. Ella que era despreciada por sus habilidades sociales…

Nunca más volvieron a separarse. Ros le gestionaba con total profesionalidad y eficacia los negocios.

Lily sonrió al recordar. Suspiró y abrió el diario:

«…Hoy me he reunido con él. Padre me ha castigado sin salir. Me ha encerrado en la

habitación. Ha echado la llave y la ha guardado en el ánfora del taquillón. No me importa. Soy ágil. Me he escapado por la ventana. He colocado la colchoneta de Ricky, mi perro, en el tejadillo y me he escurrido lentamente por las tejas.

Ha sido maravilloso. Cuando he llegado a nuestro rincón secreto, el fuego ya estaba encendido. Entonces él ha sacado un ramillete de flores. Las nuestras. Me ha desnudado lentamente y ha acariciado mi vientre con los pétalos, impregnando mi cuerpo con el aroma delicado de la Estrella. Arrodillado ante mí, me ha abierto las piernas con delicadeza y ha frotado los pétalos en mi sexo…

El placer es tan intenso que cuando estoy a punto de correrme, me tumba en la arena y me penetra…»

Cerró el diario de golpe. El corazón le latía con fuerza. Se ruborizó. No quería seguir leyendo. Le daba vergüenza, porque pensaba que estaba profanando la intimidad de Susi.

No tenía derecho a leer aquello.

Se levantó rápidamente y salió al jardín. Hiperventilaba. En ese momento apareció Ros con las bolsas a rebosar de fruta y un par de macetas llenitas de pensamientos y lantanas.

—Lily, ¿estás bien? ¿Has salido a correr?

—No, he leído un poco del cuaderno de Susi.

CAPÍTULO SEIS

VISITA INESPERADA

Ros soltó las bolsas en la encimera de la cocina. Se descalzó, se lavó las manos y se encendió un cigarrillo. Se quedó mirando fijamente a su amiga. Tenía las mejillas encendidas, sonrió.

—Parece que has visto un fantasma, ¿qué has leído?

—No sé para qué quiere ese diario.

—¿Quién? ¿Adrián? Supongo que para pegar un pelotazo con algún secreto que se trajeran entre manos su abuelo y la tuya.

—Puede ser. —Lily abrió la nevera y sacó una botella de leche. Cogió un vaso de un estante y se sirvió un poco.

—Nunca lo vas a saber si no te presentas en su empresa y le preguntas.

—¡Ni harta de whisky!

—Lily, cariño, no te entiendo. Quiero decir que qué hacemos aquí si no quieres verle ni en pintura…

—Lo sé. Solo que…

—Solo que te ha jodido el hecho de que tu infancia está ahí en el pasado y que ahora no tienes nada en contra de un hombre que parece que andaba colgado de ti desde que era un mocoso, al punto de que ha bautizado su empresa con tu *nom*…

—¡No lo digas, ni se te *ocurraaaa*! —Lily levantó los brazos y comenzó a hacer aspavientos para intentar acallar a su amiga, a su mente, a la mujer que era y deseaba gritar «olvídalo son chorradas del pasado».

—Vale, tranquila. Cuando te calmes, me avisas. Voy a darme una ducha. Por cierto, el abogado de Adrián estaba en el mercadillo, me ha comprado esas flores. Hemos quedado para dar un paseo en bici.

—¡No me lo puedo creer! ¡Eres una traidora!

—Sí, cariño. Lo que tú digas. No me esperes a comer. Después del paseo, me va a llevar a una cala cerca de aquí. ¡Me ha dicho que soy *preciosaaaa*! —Se alejó canturreando hacia el cuarto de baño.

Lily pegó una patada a la silla que tenía justo enfrente de ella. No era justo para nada. Ros había pasado página, y ella… Ella, sin embargo, seguía ahí sin pasar pantalla, en el mismo nivel de juego que hacía mil años. Se acercó hasta el baño. Tocó la puerta y dijo:

—Ros, ¿puedo entrar?

—¿Ya te calmaste o sigues de los nervios?

—He pensado que…

—¡Pasa, anda! —Lily entró, bajó la tapa de la taza del váter y se sentó. Ros se

enjabonaba mientras tarareaba una de Maluma.

—Pues he pensado que debería ir a verle. Por supuesto que le odio y que deseo que se le marchiten todas las flores, que se le joda la cosecha de este año y la del que viene.

—Hija, ¡qué rencorosa! ¡Total, por un quítame allá esas pajas que me dan alergia!

—¡No le voy a regalar el diario de mi abuela, que te quede bien claro! —protestó nuevamente Lily.

—¡Pásame la toalla! —pidió Ros, sacando la mano a través de la puerta de la mampara.

—Ros, voy a ir a verle. Pero le voy a dejar bien claritos los puntos sobre las íes. Le voy a destruir, va a morder el polvo, después de que me haya vengado, sabrá quién es la verdadera Lily, la que…— Lily le pasó la toalla. Mientras Ros se secaba, añadió:

—*Ok*. Entonces, vamos ahora mismo. No pienso cambiar mis planes. Ya te lo he dicho.

—Perfecto. —Lily salió corriendo hacia la habitación. Sacó de la maleta un jersey de lana de color lila, unos pantalones vaqueros y unas deportivas. Se vistió a toda prisa y se colocó un gorrito de lana y una bufanda haciendo juego. Se aplicó un poco de brillo labial y se puso unas gafas de sol. Cogió el bolso, el móvil y su abrigo favorito, *patchwork*, en tonos verde bosque, turquesa, marrón y burdeos.

—Se te olvida esto. —Ros se había dado aún más prisa que ella en vestirse. Se había puesto unas mallas deportivas estampadas, una sudadera con capucha y un bolsito cruzado.

—¡Gracias, tía! Le pasaré por delante de las narices su *kryptonita* —Lily extendió la mano para coger el diario que le ofrecía Ros.

CAPÍTULO SIETE

DONDE LAS DAN LAS TOMAN

Cuando llegaron a la finca, el olor a lavanda y rosas de Hungría inundaban la nariz de Lily. Por suerte había bajado a niveles ínfimos su histamina cuando se puso en tratamiento con un alergólogo amigo de su madre.

Las inyecciones de inmunoterapia habían casi curado sus alergias y su cuerpo podía soportar la exposición al polen de manera efectiva. La nariz de Lily había salido indemne de aquellos efectos secundarios a excepción de aquella pequeña cicatriz, en el puente, recuerdo de la batalla de aquel verano inolvidable.

Ros conducía el pequeño Audi que había comprado hacía un mes. De un color rojo pasión no pasaba desapercibido a los ojos de nadie. Como tampoco lo hacía su conducción agresiva:

—¡Un día nos vas a matar a las dos! —gritó Lily.

—Sácate el carnet de una puta vez. Mira conozco yo a unos cuantos famosos que van a Cuenca y…

—¡No!

—Entonces no te quejes. —El frenazo que acababa de pegar había sido una pasada. Las ruedas habían derrapado unos cuantos metros y por poco no había atropellado al guardia que estaba apostado en las puertas de la empresa de Adrián.

—¿Tienen cita? ¡No pueden pasar! —El guardia les impidió el paso más allá del mostrador del *hall*.

—¡Anúncianos entonces! —respondió Lily, altanera.

—Señora, no soy el chambelán de palacio. Si no tienen cita, pidan una. Ahí están las tarjetas de visita con la página web. —El guardia parecía un perro cancerbero.

—Llama a tu jefe. Dile que tengo el diario.

—Perdona, mi amiga es demasiado directa. No conoce las normas de educación mínimas para dirigirse a las personas que se encuentran cumpliendo con su deber y su trabajo. —Ros se acercó al guardia, le sonrió con inocencia y dejó que el perfume cítrico que se había aplicado en las clavículas inundara la nariz del sujeto—. Dile a Adrián Palacios, que estamos aquí y que traemos algo que le interesa un huevo.

Lily sacó de su bolso el diario. Lo puso encima del mostrador. El guardia puso la mano encima del cuaderno de cuero, pero ella le pegó un manotazo y le advirtió:

—Se ve, pero no se toca, ¡llámale! —La expresión del hombre cambió de inmediato. Algo debía saber del asunto, porque cogió el teléfono, marcó una extensión y cuchicheó al auricular algo totalmente inentendible para las dos amigas. Les indicó que tomaran asiento mientras bajaba el presidente.

Esperaron algo más de un cuarto de hora hasta que Adrián bajó ataviado con un traje de Gucci. Lily tragó saliva. Aquel hombre parecía empeñarse en que borrara de su mente y de su corazón al niño odioso de sus pesadillas infantiles. Porque era un cañón de hombre. Los ojos le

brillaban como auténticas esmeraldas. Además, aquella barba de dos días que no dejaba crecer, la perturbaba hasta hacerle zumbar los oídos.

¿Y la sonrisa? ¡Oh qué puta locura de sonrisa!

—Perdonad la espera. Estaba en una reunión. —Besó la mano de Ros y la de Lily. Pero se demoró algo más de lo previsto con la mujer que adoraba en secreto. Lily la retiró deprisa, como si hubiera sentido un calambre que le hubiera llegado hasta la nuca, erizándole el pelo. No quería sentir eso, no era lo que su cerebro le dictaba, aunque su corazón se empeñara en latir a un ritmo desbocado.

—Traemos algo que te interesa —susurró Ros, con aire de complicidad. Lily le mostró el cuaderno de Susi.

—Veo que te lo has pensado. —Rozó con la yema de los dedos la piel del diario, sin dejar de mirar a Lily. Eso no era lo que tenía pensado la mujer, le desazonaba que no pudiera llevar las riendas de la conversación así que contestó:

—Dime por qué te atrae tanto lo que pudo escribir una adolescente enamorada. —Adrián frunció el ceño. Ese gesto no lo esperaba Lily. Fue totalmente sincero o eso creyó entender ella.

—Vayamos a tomar algo a la terraza —respondió él empujando suavemente el hombro de Lily.

—No lo creo —intervino Ros—. Se trata de un asunto de negocios. Subamos a tu despacho.

—No. Es algo que solo nos incumbe a ella y a mí. Así que si nos disculpas…

—¡Por favor! Ella y yo formamos un tándem, un equipo, un *pack*, cariño. Esto son negocios. No estamos hablando de ñoñerías, ni de tirones de trencitas a niñas con la nariz de pimiento —concluyó Ros socarronamente. Lily elevó una ceja. Adoraba a su amiga.

—No va a poder ser. Todavía están reunidos los miembros del consejo ultimando…

—¿No? Perfecto, sin problema. Vámonos Ros —interrumpió Lily. Guardó el diario en el bolso, cogió el brazo de su amiga y cuando dieron dos pasos dirigiéndose hacia la puerta apareció el abogado de Adrián.

—¡Ros! ¿qué haces aquí? Quedamos en que pasaría a recogerte en un ratito.

—¿La conoces? —preguntó todo loco Adrián. Aquella situación se le estaba escapando de las manos. Era un obsesivo del control. A veces le resultaba penoso, le parecía que era como intentar dirigir el viento, podía sentir su fuerza, pero no podía sujetarlo por completo y aquello le encabronaba sobremanera.

—Sí, por supuesto. Esta mañana me regaló unos pensamientos… —canturreó Ros.

—No me puedo creer que hayas hecho eso, Oliver. —Se aflojó el nudo de la corbata. Empezaba a sudar. Adrián no estaba preparado para que su abogado, en el que había depositado su confianza y sus negocios, dedicara su atención a aquella mujer más dura de roer que un hueso.

—Cariño, ¡deja de hiperventilar! ¡Solo me ha regalado una maceta! —rio Ros. Oliver se estaba derritiendo de placer al contemplar a aquella mujer libre, alegre y maravillosa.

—¿Qué os trae por aquí? —preguntó el abogado mientras se ajustaba las gafas en el puente de la nariz. Se acercó decidido y besó la mejilla de Ros. Olía tan bien, que daban ganas de comérsela.

—Negocios. Pero tu jefe se niega a subirnos a su despacho. Él sabrá por qué —replicó Lily.

Oliver cogió del brazo a Adrián y lo apartó un momento. Estuvieron cuchicheando unos segundos. Adrián se mostraba nervioso, se revolvía el pelo…

Al cabo de un minuto regresaron y fue el abogado el que habló:

—Podéis subir. —Montaron en el ascensor hasta la tercera planta. Salieron y a través de un pasillo lleno de ventanales, llegaron a la oficina de Adrián.

Cuando abrió la puerta, Lily no podía dar crédito a lo que vieron sus ojos.

CAPÍTULO OCHO

EL DESPACHO

La luz reinaba en el ambiente. Una atmósfera de energía positiva inundaba la estancia. A Lily le daba vueltas la cabeza. Allá donde posaba la vista, conectaba con la serenidad, la conexión con la naturaleza y sus recuerdos de la infancia.

El aroma suave de los lirios blancos en los jarrones situados en la mesa del escritorio y en las estanterías la hizo temblar.

Estaba en *shock.* Estanterías flotantes en la pared llenas de libros, figuras minoicas que mucho se temía que eran antigüedades…

¿Y aquel rincón al lado del ventanal? Aquella hamaca con cojines de colores terrosos invitaba a hacer locuras con el tío al que odiaba.

Al girar la cabeza tuvo que apoyarse en una de las sillas. La silla aquella del demonio estaba orientada para contemplar una reproducción del mural del ala suroeste del Palacio de Cnosos, la del Príncipe de los Lirios y soñar… Soñar con los lirios, las golondrinas, las flores creadas e inventadas hacía más de cuatro mil años.

Ros silbó. Aquello era un puto santuario.

¿Quizás todo aquello era una oda a su amada? ¿A Lily? ¿Qué sabía aquel tipo de su amiga?

Una foto antigua, en color sepia captó la atención de Ros. Le dio un codazo a su amiga.

En la foto aparecía con una sonrisa vibrante Adrián junto a dos personas mayores. Una era Susi. Y la otra, apostaría el cuello y no lo iba a perder, era el abuelo de Adrián, el amante de la dueña del diario. Los tres lucían felices, soñadores…

—¡Qué fuerte! —soltó Ros de golpe.

—¡Qué cojones…! —replicó Lily señalando con un dedo tembloroso la foto de su abuela.

—No sé de qué me estás hablando. —Adrián se encogió de hombros.

—¡La *fotooo*! ¿Por qué estás con mi abuela y ese… ese…?

—Sentaos por favor —intervino Oliver.

—¡Siéntate tú, so capullo! ¡Quiero saber! —Lily estaba desquiciada.

—No voy a decirte nada hasta que no te calmes. —Ros abrazó a Lily. Estaba histérica. Le susurró algo al oído que los hombres no llegaron a escuchar. Al minuto se relajó. Respiró hondo y se sentó en la silla sobre la que estaba apoyada. Le temblaba el labio inferior.

—Adelante. Convénceme de que no eres un tío despreciable.

—Yo cuidé de tu abuela. —La miró sin pestañear.

—¡Y una mierda! —protestó Lily.

—Lily, cuando cumpliste quince años ¡puf! ¡desapareciste, no volviste a pisar el pueblo!

—¡La llamaba!¡Le escribía wasaps! ¡La llevé al hospital!

—Cuando ya estaba muy malita. No te preocupaste por ella mientras tanto.

—¡Murió en mis brazos! —Lily sollozaba. El llanto era tan intenso y profundo que a Ros le dio angustia verla en ese estado.

—Oliver, ¿te parece que salgamos a tomar algo? —intervino, la amiga de Lily. Aquello le parecía demasiado íntimo como para seguir escuchando.

—De acuerdo, vámonos. —Salieron los dos cogidos de la mano, como si se conocieran de toda la vida.

Cerraron la puerta despacio.

Lily y Adrián se miraron fijamente durante unos minutos. No se dieron cuenta de que los habían dejado solos. La mirada de Adrián era tierna, llena de empatía. La de Lily desafiante.

—¡La cuidé! —Insistió Lily. Hipaba. Tosía. Sorbía por la nariz. Era todo un cuadro observarla.

—Lo siento. No debí decirte eso. —Adrián se puso en pie, rodeó la mesa y la levantó suavemente de la silla. Se abrazó a ella.

CAPÍTULO NUEVE

ADRIÁN Y LILY

El abrazo duró el tiempo necesario para que Lily se relajara lo suficiente. Sin mediar palabra, Adrián la llevó hasta la hamaca, la ayudó a tumbarse y la arropó con una manta de algodón. Le preparó una infusión de tila y azahar.

Lily no dijo nada. Solo se dejó hacer. Su vista se posó en la pared donde se encontraba la reproducción del mural del Príncipe de los Lirios. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Bebe, te sentará bien. —Ella cogió la taza de barro y pegó pequeños sorbitos.

—¿Por qué quieres el diario de Susi?

—Tu abuela y mi abuelo cultivaron una especie de flor muy difícil de conseguir en estas latitudes —respondió Adrián mientras le apartaba el pelo de la cara. Estaba de rodillas, a su lado. Se había quitado la chaqueta del traje y se había remangado la camisa. Su piel estaba bronceada.

—¿Y crees que el secreto del éxito del cultivo de esa flor tan fascinante está escrito en las páginas de ese diario?

—Puede ser —sonrió.

—No lo creo —respondió Lily.

—No pasaría nada. Acabo de comprender que he conseguido algo mucho mejor sin proponérmelo.

—¿El qué?

—Volver a verte. No estaba seguro de que vinieras. Pensé que enviarías a algún agente inmobiliario para que vendiera la tienda de tu abuela. Estoy dispuesto a pagarte lo que pidas por él. —El silencio reinó en la estancia. Adrián no pudo evitarlo. Acercó su boca a la de Lily. Acarició los labios de la mujer con los suyos. El contacto fue electrizante para los dos. Suspiraron, gimieron…

—Adrián…

—Siempre te he amado, cariño. —El hombre profundizó el beso. Introdujo la lengua en la boca de la mujer. Despacio muy despacio las lenguas se enredaron. Lily acercó aún más su cuerpo al del tipo que más había odiado en su vida y que además le había reprochado que no había cuidado a su querida abuela. Y que ahora le decía que la amaba. Abrió los ojos de golpe.

—No puedo. —dijo Lily con el corazón latiéndole en la base de la garganta.

Adrián había sentido durante toda su vida la abrumadora necesidad de estar con Lily. De pequeño portándose como un orangután con ella. Cuando la perdió, arrimándose como un perrillo faldero a sus abuelos.

Y ¿ahora?

—No te voy a dar el diario. No te voy a vender la tienda. No te comprendo. No tenía que haber venido. —Se levantó con dificultad de la hamaca. Parecía que le había caído el peso de la conciencia de golpe, sobre su cabeza.

Era verdad que no había vuelto a visitar a Susi. No era menos cierto que no quería saber nada de aquel tipo.

Se tocó la pequeña cicatriz que le había quedado en la nariz. Era diminuta, casi insignificante.

Pero cuando se miraba al espejo, estaba ahí presente. El dolor de la rotura, la vergüenza que había pasado.

Era una tía un tanto rencorosa. Sabía que tenía que limar esas asperezas de su carácter.

Alzó la vista. Comprobó la cara de preocupación de Adrián. Le dio miedo escuchar que la amaba.

Que lo había hecho desde la niñez.

No podía manejar eso, en aquellos momentos.

No ahora.

Cuando había alimentado durante toda su vida un odio infantil, que sonaba ridículo, pero que a fin de cuentas era su pequeño odio, que convivía con ella y con su cicatriz desde hacía años.

La angustia que sentía también se mezclaba con las palabras de Adrián que habían dado oficialidad a un hecho irrefutable: En vez de visitar, mimar y disfrutar de su abuela la había abandonado durante muchos años. Llamar por teléfono a un ser querido no es suficiente para demostrar cuánto amas y necesitas a esa persona.

Susi había vivido su amor con el hombre de sus sueños. Eso también la había jodido.

Porque era el abuelo de aquel niño de dientes torcidos.

CAPÍTULO DIEZ

LILY

Habían pasado más de quince días desde aquel encuentro. Lily había abierto la tienda de su abuela. Decidió tomarse un tiempo y aparcar sus proyectos en la ciudad.

Podía teletrabajar y acercarse hasta Madrid para las reuniones importantes.

Así que Ros se encargaba de gestionar todos los papeleos y de comprar las flores y las plantas, que por orden de Lily debía hacerlo a pequeños distribuidores y horticultores de la zona.

Por las tardes hojeaba el diario de Susi. Se acercaba a la playa, mientras los últimos rayos de sol desaparecían por el horizonte se sentaba y leía:

«…Me encuentro perdida en las marañas de un destino que nos niega el derecho a amarnos abiertamente.

Él, un susurro de ternura y complicidad en mi vida se convierte en mi secreto más preciado. Nuestros encuentros furtivos son como estrellas que brillan en la oscuridad, pero el peso de la desaprobación amenaza con eclipsar este resplandor…»

«¡Madre mía!», pensó Lily. No sabía que su abuela albergara esos sentimientos tan profundos y que fuera una romántica empedernida a la hora de plasmarlos.

Su cabeza daba vueltas sin parar. Parecía una noria. En realidad, se había pasado la vida prejuzgando a la gente, y preocupándose por ella sin prestar atención a lo que ocurría a su alrededor.

Si se paraba a pensar, un poco nada más, su vida era un compendio de naderías basadas en una infancia anodina…

O quizás todo aquello había sido el producto de una educación edulcorada, mullida entre algodones, pero sin nadie alrededor que la llevara de la mano y que le indicara los pasos a seguir, relativizando ciertos hechos y dando importancia a otros que sí los tenían.

Y ahora, ¿qué demonios iba a hacer con su vida? Plantar semillas de odio y venganza no parecía que fuera muy sano. Pero es que ella ya tenía demasiadas malas hierbas que habían crecido en su corazón.

Se puso las gafas de sol y se tumbó en la arena. La brisa marina pareció calmar sus emociones. Cerró los ojos y se quedó dormida.

Al rato escuchó unas risas que trató de identificar entre el sonido de las olas del mar… Sin lugar a duda se trataba de Ros.

Se incorporó: allí estaba la muy cerda pasándoselo teta, jugando a las palas con el abogado de su enemigo.

Lucía un bikini precioso, de colores brillantes. Estaba claro que con la temperatura que hacía, le fascinaba el reto de atraer al puto abogado de los cojones.

—¡*Ehhhh*! —gritó Lily. Alzó las manos y las agitó para que vieran que estaba ahí.

Pero el par de tortolitos seguía jugando. Ros falló una devolución de pelota y se cayó en

la arena. O se tiró. Y el abogado fue corriendo hasta ella. Acabaron rebozados en la orilla, abrazados y riendo. Se puso la mano en la frente a modo de visera para comprobar cómo el imbécil besaba a su amiga a lo Burt Lancaster en la peli «De aquí a la eternidad», solo que Ros no era Deborah Kerr, y aquel perro no era Burt Lancaster.

Se levantó y se puso a correr de forma desquiciada. Llegó a la orilla donde se encontraban y dijo:

—¡Ros!¡Hola! ¡Estoy aquí!

—¡Eh! ¿Qué haces aquí? —La muy bruja, resplandecía de felicidad. Se agachó a coger una toalla y se secó con total naturalidad, demorándose en las tetas, solo para que aquel hombre arrastrara aún más la lengua por la tierra.

—Estaba leyendo —fue su respuesta.

Ros la miró de arriba a abajo, chasqueó la lengua y contestó:

—Y ¿qué? ¿ya has sacado petróleo de la lectura? ¿Por qué no te unes a nosotros? Podemos jugar los tres —sonrió con malicia.

—Antes me como un cubo de arena.

—Ja, ja, ja… ¿No zampaste suficiente cuando eras una niña? —intervino Oliver. Lily no tenía motivos para odiar a ese tío, pero como se encontraba en modo *troll*, le miró con ganas de desintegrarlo.

—No, por aquel entonces andaba planeando mil formas de torturar al cabrón de tu jefe.

—¿Pasó algo que yo debería saber? —Oliver frunció el ceño. Se hizo de nuevas como si no supiera de qué le estaba hablando.

—No te hagas el inocente —protestó Lily.

—Lily, cariño no pienses que, si Adrián le mea en la boca a Oliver, se va a creer que está lloviendo —ironizó Ros. Aquella conversación absurda estaba sacando de quicio a Lily.

—Esta noche hemos quedado para ir a cenar. Si quieres le propongo a Adri que nos acompañe. Será divertido. Te prometemos que no hablaremos de curro —acompañó el discursito con un guiño de ojo. Ros rio encantada. La loca del coño se estaba enganchando de aquel tipo, porque a la propuesta respondió con palmaditas y abrazos al sujeto en cuestión.

—Lo pensaré. —Y se largó de allí corriendo. No miró atrás no fuera que se le contagiara la alegría y la buena vibra que desprendían aquellos dos.

CAPÍTULO ONCE

LA CENA

Ros llevaba más de media hora esperando a que Lily se decidiera a elegir la ropa que se iba a poner para la cena.

Ella se había duchado, maquillado y vestido en un *plis*, pero su amiga tenía la cama llena de ropa y bisutería sin determinar aún cuál elegiría para la ocasión. Sonreía porque sabía perfectamente que no quería defraudar a su «enemigo».

Por eso la mujer dudaba entre ponerse la blusa de seda color fucsia, o la lila, o la verde, para combinar con la falda de gasa con aquellos estampados étnicos que personalmente a ella le producían más alergia de la que había padecido en la infancia su amiga.

—¿Qué tal si te pones esos pantalones vaqueros con la camiseta roja y la cazadora de cuero? ¡Va a ser una cena informal, Lily! —exclamó Ros poniendo los ojos en blanco.

—¡No me des más la brasa, tía! —repuso nerviosa. Pero le hizo caso. Cuando terminó de vestirse, y se miró en el espejo de cuerpo entero, gruñó con un tono de angustia, que le provocó la risa a su amiga.

Se revolvió la melena y añadió un poco de brillo a los labios. No necesitaba ningún tipo de colorete, porque tenía las mejillas sonrosadas por la emoción contenida.

Cuando llegaron a la terraza del restaurante, las estaban esperando con una sonrisa en los labios.

Ros era feliz. Se le notaba en el brillo de los ojos. Oliver no se quedaba atrás. Se levantó y le ofreció un pequeño *bouquet* de margaritas blancas y amarillas para ponérselo en la muñeca. El regalo lo sellaron con un beso tan romántico que Lily sintió una punzada de celos que no disimuló en absoluto.

Se sentaron en la mesa que estaba más cerca de la orilla del mar. Rodeados de buganvillas que habían florecido antes de tiempo, el lugar no podía ser más armonioso, así que para terminar de cagarla Lily rechazó con un ademán un tanto grosero el *bouquet* que le tenía preparado Adrián…

El camarero les trajo un vino que había pedido el hombre con la confianza de ganarse a aquella mujer que le traía loco, pero de amor. Se sentía tan mal, por no haberse comunicado con ella, que lo único que se le había ocurrido había sido estar cerca de su abuela… Y ella le decía que la nena seguía encabezonada en que no conocía a ese «tío» de nada. Pero aquello era otro tema que además nunca se sabría, desde luego no por su parte.

—Este vino tiene un sabor interesante… —apuntó Lily, cuando bebió y dejó la copa encima de la mesa. Ros puso cara de «ahí viene la tormenta», así que se limitó a sonreír como el resto de los comensales.

—¿Interesante? ¿Eso es bueno o malo? —preguntó Adrián con la mosca detrás de la oreja.

—Es como una mezcla de «Arrepentimiento Añejo». —Acababa de soltar la primera bomba de la cena. Adrián carraspeó y contestó mirándola fijamente a los ojos:

—¿En serio? ¡Yo pensé que tenía más un matiz de «Segundas Oportunidades»! —Aquello se estaba poniendo interesante, pensó Oliver. Tomó la mano de Ros por debajo de la mesa y le pegó un pequeño apretón.

En ese momento apareció el camarero con la agenda de comandas y preguntó que deseaban cenar:

—Yo tomaré ventresca de atún rojo con *fetuccini* y un extra de «diversión». —Lily bostezó en señal de aburrimiento.

—¡Eso no lo sirven aquí! Pero si quieres puedo proporcionarte algunas sugerencias de cómo agregar más sabor a tu vida. —Oliver y Ros cogieron a la vez las servilletas y se limpiaron la boca, aunque no habían comido absolutamente nada. Por el movimiento de la cabeza del camarero, parecía que estuviera asistiendo a un partido de tenis.

—¡Gracias, eres muy amable! —bufó Lily—. Pero creo que ya tengo suficientes condimentos, sobre todo desde que eliminé un ingrediente tóxico.

Los ojos verdes de Adrián brillaban más que nunca por la diversión y por aquel combate entre dos almas que se amaban, aunque una de ellas todavía no lo sabía…

—Deberías probar el plato de «superación personal». Dicen que es muy bueno para la digestión, junto con un chupito de hierbas.

—¡Vaya, vaya, Oliver! Parece que hemos llegado justo a tiempo para ver el club de la comedia, por favor, ¿nos traes una bolsa de palomitas y una cervecita? —le pidió al camarero. Este se piró, dándose patadas en el culo, aquello le estaba resultando al pobre hombre un tanto bochornoso. Susurró una pequeña disculpa que no escucharon ninguno de los cuatro porque la guerra continuaba…

—Anotado. El autodescubrimiento es esencial para no repetir los mismos errores. —replicó Lily. No había escuchado nada de lo que había añadido su amiga, y Adrián prosiguió con el combate de boxeo pues:

—¡No me digas! ¡Ahora va a resultar que eres el gurú de las decisiones acertadas! Yo tomé las peores, ¡las de un niño que te amaba y que no sabía cómo llamar la atención!

—No, cariño, solo he aprendido de los errores del pasado, te lo aconsejo, practícalo. —Lily estaba colorada como un tomate. Le sudaban las manos. Cogió la botella de vino y empezó a beber a morro.

—Te aseguro que no eres nadie para aconsejarme. —le arrebató la botella de la mano y pegó un buen chupito.

En ese momento el camarero volvió y con mucha delicadeza, para no molestar susurró:

—¿Algo más que deseen?

—Solo la cuenta, por favor. Parece que hoy he tenido una ración extra de diversión. —Adrián tiró la tarjeta de crédito encima de la mesa. Le dijo a su abogado que pagara y se marchó de allí echando chispas por los ojos.

CAPÍTULO DOCE.

LA SOBREMESA

Lily sudaba a chorros. Se quitó la cazadora. Miró con desdén a su amiga y al que parecía su nuevo ligue.

—Eres una borde —concluyó Ros.

—Soy como soy, no voy a cambiar. —Se puso a rebuscar entre los cacharros del bolso una pinza para recogerse el pelo. Cuando terminó de hacerse un moño, gritó decidiendo que iría al día siguiente a la peluquería a quitarse la melena que tanto le estorbaba.

—Me voy —anunció Oliver. Se levantó y le hizo un gesto a Ros de que la llamaría después. Le dio un beso en los labios. Lily gruñó. Odiaba todo lo que rodeara a ese tipo, incluido su abogado.

Pasó un momento hasta que Ros rompió el silencio incómodo que se había interpuesto entre las dos.

—¡Te habrás quedado a gusto!

—Solo estábamos intercambiando algunas lecciones de etiqueta social. Nada importante. —Se miró una uña y se la mordió.

—Tú empezaste.

—¡Claro! En los eventos sociales siempre es bueno recordar los errores pasados. ¿Y qué mejor momento que cuando hay testigos? ¡Así no se nos «putoolvida»!

—Lily, cariño eres peor que cuando eras pequeña. Tienes una mezcla de amor-odio, tipo vomitera de pisto que deberías hacértelo mirar. Y por cierto no es necesario que gruñas cada que vez que me ves con Oliver. Es un tío que me gusta, y vamos a follar, lo quieras o no. Soy suficientemente mayor como para no tener que dar explicaciones a nadie. No eres mi madre, no se te olvide. Vete a mear, estás un poco pedo. Así limpias los riñones. Es la segunda puerta del fondo, a la derecha —Dicho esto, pilló su bolso y se levantó de la mesa dejándola más tirada que una puta colilla.

Lily no sabía qué hacer. Se sentía como una mierda.

«¿Se había vuelto loca o qué?», pensó. Ella no era así, ¿o sí? Lanzó un vistazo a la terraza comprobando que la gente la estaba mirando. Cogió el bolso y salió disparada de allí.

Encima habían ido en el coche de Ros, y tendría que volver andando a casa. No le importaba. Pensó que paseando podría despejarse la cabeza. Cruzó el paseo y se puso a andar por la playa. El cielo estaba plagado de estrellas. Se sentó un momento en la arena. Se puso la cazadora. La brisa marina le ponía la carne de gallina.

Las lágrimas le corrían por las mejillas. Se las limpió de un manotazo. Solo estaba defendiendo sus emociones. Se sentía avergonzada por seguir albergando unos sentimientos que ya olían a moho en su corazón.

Se levantó, se sacudió la arena de los pies y se dirigió a casa. Cuando llegó, se desnudó y se metió en la ducha.

Cuando salió, se puso el pijama y sacó nuevamente el diario de su abuela. Abrió por cualquier página y comenzó a leer:

«…El niño que correteaba entre las páginas de este diario, ha crecido. Adrián es un adolescente muy inteligente y triste también. La soledad se ha tejido en su aura, enfrentándose a la inquietud que le provoca la búsqueda de respuestas que ni yo misma le puedo ofrecer…»

A Lily se le aceleró el corazón. Su abuela estaba hablando del hombre que acababa de poner de vuelta y media en un calentón de boca. No quería que su abuela le descolocara las piezas del puzle que con tanta paciencia había construido en su cabeza sobre ese tío: cabrón, rancio, sieso… ¡Todos los fragmentos le encajaban tan bien!

Se levantó y se dirigió hasta la cocina para prepararse una infusión de hinojo. El estómago se le estaba poniendo del revés. Había dejado el cuaderno encima de la mesita baja del salón. Parecía que la observaba como diciendo «¡sigue leyéndome!»

Lo miró, llevó la taza consigo y lo tomó entre sus manos. Le temblaban, pero se obligó a continuar con la lectura:

«…Amarle ha sido mi refugio. Y ahora tengo a Adrián; aunque la edad nos separe, la pérdida nos une de manera única. Cada palabra escrita en este diario es un eco de nuestras lágrimas compartidas, una expresión que nace de enfrentar juntos la pérdida de mi amado. Siento que mi amor sigue siendo el lazo que nos une a ambos, incluso más allá de la despedida inevitable. Ojalá, Lily se diera cuenta de la clase de hombre en que se va a convertir este niño increíble y lleno de virtudes…»

CAPÍTULO TRECE

DE VUELTA A LA TIENDA

Aquella noche había dormido como el culo. No había escuchado que Ros hubiera abierto la puerta de casa.

Seguramente se habría quedado a pasar la noche con el abogado. Y seguramente la habrían puesto a caer de un burro, pringando, verde… Y mil cosas más que en este momento no se le ocurrieron.

Lo de abrir la tienda de su abuela, había sido muy mala idea. La tenía abandonada. Se vistió deprisa con un vestido *vintage* adornado con un estampado de pétalos de flores caídos. Se colocó unas botas camperas, un sombrerito de paja, una cazadora, cogió el bolso y salió disparada hacia la tienda. Por el camino, palpó la tela del bolsito para comprobar que el diario de su abuela lo llevaba consigo.

Cuando llegó, comprobó que Ros la tenía abierta, bien colocada y con clientes hasta la puerta. Un par de jóvenes salían ese momento encantados con un ramo de girasoles y violetas… ¡Girasoles y violetas! ¿Pero qué mezcla era esa?

—¿Has visto qué *crack* es la dueña de la tienda? ¡Parece que tiene un truco para vender hasta las piedras! —Lily abrió los ojos como platos. Se puso la mano en la cara, atusándose el pelo y encasquillándose aún más el sombrero en la cabeza. Entró como si fuera otra clienta más y escuchó atenta la conversación que mantenía con otro par de chavalas que se iban a graduar en mayo, pero, aunque faltaba tiempo aún, querían tenerlo todo bien programado:

—¿Y qué os parece si metemos unas flores exóticas para darle un rollo, así en plan tropical?

—¡Nos flipa la idea!

—¡Voy a preparar unos ramos a vuestras profes, que no lo olvidarán en la vida! Será algo diferente. ¿Algún rollo especial para la fiesta de después?

—Habíamos pensado algo así en plan playero con reguetón y tal… —añadió una de las chicas. Ros se puso el lápiz en la oreja y empezó a gesticular con las manos.

—Es en un rinconcito especial supongo… ¿Vais a poner algo de mimbre, tipo cestitas o algo por el estilo? —Las chicas aplaudieron ante la idea y una de ellas respondió:

—¡Sí, tía, queremos algo que se vea chulo pero que sea fácil de montar!

—*Mmmm*, pues veamos… ¡Lo tengo! —añadió sonriente, Ros —. ¡Ramilletes con claveles y margaritas y un toque de lavanda para que huela de maravilla! ¡Vais a flipar con el resultado!

—¡Qué guay! —añadió la otra chica, pero de repente frunció el ceño y agregó—. Pero ¿sólo metidos en cestas? ¿Y si se vuelan con el viento?

«Eso», pensó Lily, «a ver qué solución ofreces a tu maravillosa idea de mierda».

—¿Vais a poner una pérgola y dentro las bebidas? Porque si es así, podemos colocar a los ramilletes unos lazos para atarlos a los postes, y los podéis alternar con unas linternas de colores

para cuando caiga el sol. Vais a petarlo, ¿qué os parece?

—¡*Buahhh*! ¡Es la hostia, tía! ¡Una puta pasada! —respondieron las dos jóvenes a la vez, por su parte Lily se andaba dando bofetadas mentales por ingenua.

—¡Perfecto! Os tengo que pedir una pequeña señal de dinero para…

—¿Qué te parecen quinientos euros? Hemos recaudado bastante pasta para la fiesta —volvió a interrumpir la chavala que llevaba la voz cantante.

—No será necesario tanto, ¡ja, ja, ja!, con que me dejéis cien pavos será más que suficiente. —Las niñas le pagaron y se despidieron de ella con besos y abrazos.

Cuando la floristería quedó en calma durante unos instantes, Lily se quitó el sombrero y las gafas de sol y saludó a Ros.

—¿Qué tal? ¿Cómo vas?

—¡Hola, cariño! ¡Aquí «sirviendo coño»! ¡Lidiando con las flores y los clientes que tú dejaste tirados! —Cogió unas macetas de azucenas africanas y las puso en uno de los estantes a los que les daba la luz, pero no el sol de pleno.

—Ros, no estoy para que me pegues la brasa… ¡Estoy mal!

—Pues al menos yo estoy aquí, dándome cuenta de que hay futuro en este negocio. ¿Cuánto tiempo más piensas ignorar el potencial de este lugar? —Ros cogió el delantal y se metió en la trastienda con la *Tablet* y comenzó a diseñar ramilletes…

—No es asunto tuyo, ¿vale? No te metas donde no te llaman.

—Ah, sí porque a ti te importa esto muchísimo, ¿verdad? Mira a tu alrededor, amiga, acuérdate de Susi y date cuenta de lo que estás desperdiciando…

CAPÍTULO CATORCE

EL DERRUMBE

—Y hablando de meterte donde no te llaman, ¿también husmeaste en el diario de mi abuela? —Puso los brazos en jarras, desafiante.

—¡Oh, claro! ¿Quieres que te cuente las partes más jugosas? Parece que defendía bastante al nieto de su amado…—Los ojos le brillaban, acababa de acertarle en todo el ojo.

—¡No tienes derecho a tocar eso! ¡El diario de mi abuela es sagrado! ¡Sabes más de lo que deberías! —la señaló con un dedo tembloroso.

—¡Puede que sí, puede que no! Pero al menos sé reconocer las oportunidades cuando las veo. ¡Algo que tú no pareces entender, por muy inteligente y muy diseñadora de jardines que seas! — Ros la señalaba con las tijeras de podar bonsáis.

—¡No sabes nada de mi vida! —chilló nuevamente, Lily frustrada.

—¡Sé lo suficiente como para darle a la sesera y ver que estás dejando escapar algo grande, un tío al que no conoces de nada y le llevas juzgando toda tu puta vida y un negocio de flores que podías añadir a otro más de tus éxitos! —tomó aire y continuó—. Deberías pensarlo dos veces, antes de culparme por intentar salvar lo que tú misma estás dejando que se desmorone, por no hablar de Adrián…

Lily era un saco de nervios. Su amiga Ros le acababa de cantar las cuarenta. Se desmoronó. Estaba apoyada en una pared y dejó que su cuerpo se deslizara hasta el suelo. Ros se aguantó las ganas de salir corriendo y abrazarla, pero apretó mucho los dientes y esperó otro ratito a ver si se daba cuenta de la cantidad de estupideces que estaba cometiendo, desde que se habían instalado en ese lugar tan ideal para ella.

Comenzó a llorar sin consuelo ninguno. Entonces, Ros se levantó y le acercó un paquete de pañuelos.

Lily se sonó la nariz. La tenía roja como cuando era pequeña, pero esta vez por motivos bien distintos. No daba crédito a la cantidad de estupideces que había plantado a modo de cimientos en su vida y sobre la que había crecido: todo una puta mentira para poder seguir viviendo, justificando un montón de gilipolleces para superar el hecho de que su madre había abandonado a su abuela y a ella y a su vez, ella a su abuela.

¡Qué puto desastre!

—¡Vamos tía, mírame! —Ros se acuclilló frente a ella—. Yo os vi con estos ojitos, cómo os mirabais el primer día que vinimos a la floristería. Le querías vender la tienda y lo que hiciera falta, con tal de tenerle cerquita.

—¡Fue sencillo! ¡me pilló en tetas! —se volvió a sonar la nariz.

—Pero ¡si estás coladita!, ¿por qué no le sueltas un «oye y si nos tomamos un café»? ¡Eso siempre funciona!

—Me comporté como una siesa y una borde en el restaurante. —se levantó y tomó un clavel rosa. Se lo llevó a la nariz, olía de escándalo.

—Más bien como un *troll*. ¡Pero tía, si no arriesgas, no ganas! «Un cafecito casual» puede ser el inicio de algo grande. —Sonrió y le retiró el pelo de la cara.

—¿Y si me rechaza? —inquirió totalmente insegura.

—¡Hija eres una pesimista redomada!¡No entiendo cómo has tenido tanto éxito en tus negocios! Si no le interesaras, ni siquiera te hubiera prestado atención. Ni tampoco se hubiera acercado al restaurante… Pero vamos, apuesto a que ese tío está coladito por ti, y seguro que tiene una vena romántica que ni te imaginas, ¿viste cómo tiene adornado su despacho? ¡Qué puta locura!

—Sí, pero ¿y si no puede perdonar lo *hijaputa* que fui el otro día?

—No lo sabrás hasta que no lo intentes —concluyó Ros. Miró su reloj, eran las once de la mañana. Había quedado con Oliver para desayunar en una terracita cerca del puerto. Se quitó el delantal. Se miró en el espejo. Se aplicó un *rouge* de escándalo, en los labios y lanzó un beso a su reflejo.

—¿Dónde vas? —preguntó intrigada, Lily.

—Voy a desayunar con mi Oli. Hemos decidido que somos el uno para el otro, ¡qué maravilla! ¿Te vas a quedar aquí o pongo el cartel de que vuelvo en diez minutos?

—¡Qué rápido desayunas tú!

—Oh, ya sabes, soy toda una experta en la modalidad de desayuno exprés. No hay nada mejor que empezar el día con energía, ¿verdad? —Las dos amigas salieron de la tienda. Una a toda velocidad y la otra arrastrando los pies.

CAPÍTULO QUINCE

EL JARDÍN DE LAS DELICIASA

Cuando Lily llegó en taxi hasta la empresa de Adrián tenía la impresión de que la echarían a patadas de allí. Imaginaba un cartel bien grande con su foto y un titular bien gordo que pondría:

«PERSONA NON GRATA PROHIBIDO EL PASO»

Cuando traspasó las puertas de *«Leliepracht Bloemen»*, el guarda estaba en el mostrador. Cogió el teléfono susurró algo y al momento le dijo que podía subir al despacho del señor Palacios.

Totalmente flipada cogió el ascensor y atravesó la puerta del despacho de Adrián. Allí estaba sentado tomando un café enfrascado con algo que andaba mirando en la pantalla del ordenador.

—¡Pasa! Dame cinco minutos y estoy contigo. Sírvete un café si te apetece —exclamó en tono cordial. Lily totalmente cohibida no se atrevía ni a dar un paso adelante, no fuera que la cagara nuevamente. Sus ojos se posaron en el mural. Instintivamente se tocó el pecho donde anidaba su tatuaje favorito. Aquello no podía ser verdad, probablemente había sido su abuela la que le cascara que se había tatuado aquella escena y él la había plagiado.

«Y si fuera así, ¿qué sentido tendría? ¿no la odiaba? ¡*Pfffff!*» oyó a su cerebro y disimuladamente se frotó la cabeza para dejar de pensar.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, curiosa. Y así de paso llenaba el silencio de la estancia.

—¡Acércate! Es un proyecto de un jardín neoclásico para una casa de un tío más rico que Midas. Estoy intentando combinar los setos de laurel y ciprés en estos pasillos sinuosos, e incorporar flores fragantes y muy coloridas… —Lily no se lo pensó dos veces. Se quitó el abrigo, el sombrero y las gafas, dejó tirado el bolso en una silla y se acercó hasta donde se encontraba aquel hombre que le dejaba la cabeza hecha puré.

—¡A ver! —se fijó un instante en el diseño y añadió radiante—. En estos senderos deberías colocar rosas salvajes y trepadoras, mezcladas con lirios blancos y amarillos, por aquí deberías poner unos cuantos arbustos de glicinias blancos o azules y llegando al centro del laberinto unos setos altos de laurel creando pasillos sinuosos. En el centro coloca una fuente rodeada de vegetación exuberante y…

—¡Contratada! ¡Qué maravilla! —exclamó Adrián. Tenía una sonrisa de oreja a oreja. Lily le pidió un momento para que la dejara maniobrar en el ordenador; al cabo de diez minutos le mostró el diseño para que comprobara que no solo era una tía áspera y borde como el último día, sino que también era una mujer muy, muy profesional.

—Dime qué te parece.

—Me parece una preciosidad. Llevaba más de un mes intentando dar una solución a lo que me planteaba el dueño y no daba con ello, ¡me has salvado el pellejo! No sé cómo agradecértelo. Sé que eres una profesional en este campo, si quieres añadiré el nombre en el proyecto, gestionaremos el pago…

—¡Déjalo! —levantó la mano para cortarle—. Considéralo como un pago por el mal trago que te hice pasar el otro día en el restaurante. No necesito el dinero. —Adrián se agachó y se colocó frente a ella que seguía sentada en el taburete detrás del ordenador.

—Realmente no sé cómo agradecerte lo que has hecho por mí, tu ayuda en el proyecto significa… —Adrián se quedó en silencio por un momento, sintiendo una mezcla de nerviosismo y emoción. Tomó las manos de Lily y las besó.

—Déjalo, no tiene importancia.

—No puedo dejar de pensar en lo increíble que eres.

A Lily le tembló el labio inferior al contemplar otra foto en la que aparecía su abuela con un ramillete de violetas que le ofrecía el abuelo de Adrián. Susi era la alegría personificada. Al fondo de la imagen se veía el mar en calma.

Se levantó del taburete y con disimulo se limpió una lágrima que le rodaba por la mejilla.

—Yo no tengo fotos así de Susi.

—Lo siento —carraspeó Adrián. Se puso en pie y se acercó hasta la encimera donde tenía una pequeña cafetera, un calentador eléctrico y cajas de madera donde guardaba las infusiones de flores y plantas que tanto le gustaban.

—Te acepto el café que me has ofrecido. —Lily se sentó en el sofá que estaba orientado hacia los ventanales con vistas al mar. En realidad, el diario de Susi pertenecía más a aquel hombre que a ella misma. Él anidaba en su corazón un montón de recuerdos felices y ella… no.

El tío era hiperbólicamente sencillo. El diablillo que tenía Lily sentado sobre su hombro izquierdo le emponzoñaba el oído. *«Piensa en lo que perderás, todos esos recuerdos, conexiones y momentos que has compartido con ese diario. Tu abuela ya no está contigo, pero ahí sí la tienes…»*

Y el angelito sentado en su hombro derecho añadió: *«Puede que lo sientas como tuyo, pero la realidad es que no lo es completamente… ¡Vamos mírale! ¡No todos los días conoces a alguien con esa sonrisa radiante! ¿Quién no quiere compartir un poco de belleza en su vida?..»*.

—¿De qué te ríes? —preguntó Adrián. Le ofreció el café con un *baklava* de miel y nueces. Se sentó a su lado mirándola como si fuera la mujer más hermosa que había tenido la inmensa suerte de contemplar.

—Iré al grano. Necesito saber qué tipo de conexión tenías con mi abuela. —No iba a entregarse incondicionalmente, necesitaba algo más que calmara sus instintos vengativos. Hubo una pausa incómoda entre los dos.

—¿Además de ser la amante de mi abuelo? —Bebió un poco de la infusión que se había servido en una taza de porcelana inglesa.

—Exactamente. —Lily se revolvió en el asiento. Estaba nerviosa.

—Recuerdo que solía cuidarme y limpiarme las heridas de las rodillas después de cometer travesuras en la plaza del pueblo. —Un pinchazo de celos recorrió a Lily… Intentó disimularlo como pudo y al ver que el hombre sonreía ante los recuerdos, prosiguió:

—¿Así que tenías una especie de relación «maternal» con ella?

—Sí, en muchos sentidos. Era mi refugio cuando deseaba consuelo. Mi madre nunca estuvo presente cuando la necesité. Se piró un buen día y me dejó con el abuelo.

—¿Y tu padre? —preguntó ansiosa.

—Siempre quiso más a mi hermano mayor.

—Vaya, pero…

—Lily, cuando había problemas en casa, ella estaba allí para ayudarme, incluso con los deberes de mates y eso que era una negada con los números… ¡Qué paciencia tenía la pobre! —rio. Se volvió a acercar a la mujer que no comprendía pero que le atraía como la luz a las mariposas.

—Yo, sin embargo, crecí con una vecina que me cuidaba y que no paraba de jugar con la Nintendo mientras yo me volvía loca con los deberes.

—Vaya, parece que tus padres tampoco te hacían mucho caso.

—Un puto asco —concedió, Lily. No le apetecía recordar esa mierda de vida que había tenido.

—Prueba el dulce. Te gustará.

—¡Oye! Esto está muy bueno… ¡*Mmmm*! ¿Qué es? —preguntó dando un bocado al pastelillo, mientras cerraba los ojos.

—Es *baklava*, un dulce de nueces y miel. Solo quería endulzar tu día como tú endulzas el mío —añadió Adrián. Con la yema del dedo acarició la comisura de la boca quitándole un poquito de miel que le había manchado. Sin pensárselo, se llevó el dedo a su boca y lamió con gusto. El gesto no pasó desapercibido a Lily, pues en seguida se limpió con la servilleta para que no repitiera la situación que la ponía muy nerviosa. Vamos, casi a cien.

—No me has dicho para qué has venido a verme.

—¡Ah, sí! —disimuló Lily. En realidad, no quería deshacerse de su tesoro, así de repente y sin más.

—Sí, ¿qué?

—He pensado que podríamos compartir el diario de Susi, quiero decir que, si te parece bien, podríamos quedar y leerlo juntos…

CAPÍTULO DIECISÉIS

TRATO HECHO

La sonrisa de Adrián le pareció tan hermosa a Lily, que no pudo por. menos que darle un beso en la mejilla. Se levantó y le propuso quedar esa misma noche a tomar algo, se llevaría por supuesto el diario y leerían juntos cualquier capítulo, sin orden, como hacía ella…

—¡De acuerdo! ¡Te invito a mi casa! Pediremos una pizza «Cojonuda»

—¿Cojonuda?

—Sí, las sirven para llevar, en el restaurante Luna Rossa. Está muy buena. Pero no te diré los ingredientes. —Le tomó la mano y se la besó.

—Nos vemos entonces. —Se levantó para marcharse a toda prisa, pero Adrián la frenó y le dijo.

—Te paso a buscar a las nueve.

—¿Sabes dónde vivo? —le preguntó intrigada.

—Oliver me lo ha dicho. —Agachó la cabeza como si acabara de descubrir un secreto terrible.

—De acuerdo. —Y salió de allí, lo más deprisa que le permitían sus piernas. Aquello le estaba gustando demasiado y aún no estaba preparada para enfrentarse a sus demonios.

Cuando llegó a casa, pilló a los dos tortolitos besándose en la cocina. Ros apenas se dio cuenta. Oliver casi que tampoco. Susurró un «hola», pero siguieron morreándose como si no hubiera un mañana.

Quedaban algo más de cuatro horas para reunirse con Adrián. Así que esperó a Ros, a que se fuera su «medio limón» y a hablar con ella.

Escuchó ruidos en la puerta, risitas y por fin el silencio.

—¡Hola! ¡Me voy a la floristería! —canturreó Ros.

—Te he dejado abandonada.

—No, ¿por qué? —ironizó Ros.

—Es mi herencia. Tenemos que hacer el traspaso. Creo que el negocio de mi abuela te hace más ilusión a ti que a mí...

—Deberías, estás demasiado susceptible con todo este tema. Tu abuela te lo agradecerá desde donde quiera que se encuentre. —Se dirigió hacia su habitación y eligió un conjunto totalmente primaveral de blusa y pantalón con unas deportivas de flores.

Salió corriendo y se preparó una ensalada y un zumo de pomelo para comer. Lily la seguía por toda la casa como un perrillo faldero.

—¿No me invitas a comer? —preguntó Lily con un crujido de tripas.

—Tía estoy merendando. Si quieres te preparo otro plato para ti —Lily asintió—. Y dime

¿cómo llevas tu «no romance» con ese pedazo de bombón?

—Viene a recogerme esta noche. Cenaremos algo y leeremos juntos el diario de Susi.

—¿*Queeeeé* me *dicesssss*? ¿Así que te vas a ir a cenar con el «encantador» Adrián?

—¡Sí! ¡Nos vamos a conocer mejor! —exclamó defendiéndose. Ros le plantó un bol de ensalada y un zumo de naranja en la encimera de la isla de la cocina. Lily pinchó un poco de escarola y huevo duro. Estaba colorada como un tomate.

—Vaya, ¡cómo cambian las cosas! ¿Desde cuándo eres tan amiga de ese bicho? —sonrió burlona.

—La vida da muchas vueltas, ¿no? Además, quizás descubra que no es tan malo como pensaba. —Ros frunció el ceño. Conocía demasiado bien a Lily como para pensar que no hubiera segundas intenciones detrás de aquel manto de inocencia.

—¡Ya!... ¡El amor todo lo puede! ¿Ya estáis planeando la boda? —preguntó con cara de no haber roto un plato.

—¡No te pases, tía! Solo es una cita, vamos a ver qué pasa.

—Y, ¿ya decidiste cómo te vestirás para impresionarlo? —Ros terminó su plato y se bebió el zumo. Llevó el bol y el vaso a la pila. Cuando se giró, Lily vio que tenía cara de circunstancias. La ropa que usaba definitivamente no era del gusto de su amiga. Pero esta vez se iba a dejar llevar por sus sabios consejos.

—Estaba pensando en algo *casual* pero elegante, ya sabes.

—*Mmmm*, algo del estilo «no me esfuerzo, pero me veo increíble». Buena elección. —Ros alzó una ceja.

—Sí, algo deslumbrante, y si me dice «¿Esto? Yo le respondería: ¡*Buahh*, si lo uso siempre!»

—¿Quieres decir como si llevaras un horror de los tuyos? Entiendo. —La cogió de la mano y la llevó hasta su habitación. Abrió el armario y sacó un vestido de un tono verde esmeralda maravilloso—. Este color hará juego con los ojos de Adrián.

—¡*Uff*! Es una pasada de vestido. —Se paró a verlo un momento. Sin dudarlo ni un segundo, se lo probó. La tela se ajustaba a sus curvas con mucha audacia con un escote pronunciado en uve, y por detrás un juego de gasas que transparentaban toda la espalda. Llevaba un cinturón de pedrería que era más provocativo que práctico, pero que a Lily le quedaba genial. La falda vaporosa era larga… Total que se veía monísima.

—Ponte los zapatos que te metí en la maleta. Los de tacón.

—No podré moverme en toda la noche, si me monto en ese par de «pinchos»

—No te hará falta. Calculo que con estas pintas no te van a durar el vestido ni los zapatos más allá de cinco minutos. Hazte un peinado que destaque el vestido, tipo moño… Y maquíllate muy poco. Sombras en tonos *nude* y brillo natural en los labios. Me tengo que ir, preciosa, si todo sale bien me venderás la tienda de Susi.

CAPÍTULO DIECISIETE

LA CITA

El reloj del móvil marcaba las nueve y media. Lily estaba desolada. Estaba claro que no podía confiar en él.

Se arrancó el vestido de cuajo. Se arrancó las horquillas del moño y se arrancó la bisutería que había elegido tan cuidadosamente. Se puso el pijama y se metió en la cama.

No quería saber nada de él. Estaba cansada de confiar en el prójimo. Se durmió…

Eran las doce de la noche. Ros, Oliver y Adrián entraron en casa. Todo estaba en silencio.

La tarde había sido muy larga para Adrián. Larga y tediosa. Con muchos temas por resolver. No había podido comunicarse con ella por los inconvenientes en los ajustes de precios, los servicios de logística, en el tema de la entrega, las propuestas de arreglos… Todo un dolor de cabeza para llegar a tiempo de adornar el Palacio del Marqués de Medinaceli, toda una joya arquitectónica del Renacimiento. «Todo muy todo» pensó agotado Adrián.

En cuanto salió de la reunión se puso en contacto con Oliver. Ros y él estaban juntos y quedó en que le abrirían la puerta de la casa de las chicas. Estaba muy nervioso. Suponía que no querría abrirle, pero necesitaba hablar con ella.

Ros y Oliver se marcharon, dejándole en casa con la fiera de Lily.

Avanzó por el pasillo hasta la habitación de la muchacha. Se había quitado los zapatos y la chaqueta. Se había aflojado el nudo de la corbata y se había desabrochado los primeros botones de la camisa.

Cuando entró en la habitación, contempló bajo la suave luz de una lamparita, la belleza de aquella mujer. Tenía el dichoso diario apoyado sobre su pecho.

Con mucho cuidado lo cogió y comenzó a leer:

«…Ayer fue inolvidable. Mi amado se presentó con una pequeña corona de florecillas silvestres salpicadas con rosas silvestres y ramitas de lavanda. Sin decirme ni una sola palabra me la colocó en la cabeza. Me desnudó lentamente y nos metimos en el mar.

Las olas lamían mis pezones, provocándome escalofríos. Entonces con un movimiento rápido y preciso, puso mis piernas alrededor de su cintura y me penetró provocándome un gemido de placer inmenso. El agua del mar estaba caliente, no había casi oleaje, el hombre era un amante maravilloso… Empujaba con cada ola que rompía en la orilla. Al darme cuenta de la cadencia, le pedía a la madre naturaleza que vinieran muchas más olas a morir en la arena y yo con ellas…»

Adrián sudaba la gota gorda. Su abuelo era sencillamente un amante maravilloso, que proporcionaba placer a raudales a la abuela de Lily.

Y él se pasaba la vida espiándoles y dándoles la brasa porque se sentía solo y abandonado por sus padres.

Se levantó con cuidado. Quizá la idea de que en ese libro existieran palabras claves, secretos insondables sobre el cultivo de aquella flor, fuera algo que le dijeran para calentarle la

cabeza y la imaginación.

Lo que sí tenía claro era que aquellas dos personas que tanto influyeron en su vida se amaban de verdad.

Que le ayudaron a sobrellevar una infancia y una adolescencia de mierda, y que…

La mujer que yacía en la habitación estaba gruñendo algo que no lograba discernir.

Se paró a contemplarla. Era una mujer hermosa. Él la amaba en secreto desde hacía muchos años.

Pero ella era incapaz de perdonar a un niño que no sabía cómo llamar la atención a una niña preciosa y de la que estaba enamorado profundamente y de forma irracional.

Lily comenzó a llorar en sueños. No pudo evitarlo. Se sentó en la cama y la abrazó. La acunó y le prometió que todo estaría bien, que nada le sucedería mientras él estuviera allí, con ella…

Y ella acercó los labios a su boca y él respondió con un beso suave y caliente…

CAPÍTULO DIECIOCHO

EL DESEO

El deseo corría vivo y caliente por las venas del hombre como un caballo desbocado.

Ella se levantó la camisola con la que se había acostado y le mostró su sexo húmedo y sin vello. Abrió las piernas y se introdujo un dedo entre los pliegues. El dedo brillaba a la luz de la lámpara de noche. El hombre lo tomó como una invitación y se lo llevó a la boca.

—Desnúdate —pidió ella. Él lo hizo. Temblaba de necesidad. La mujer volvió a introducirse los dedos en la vagina y con ellos húmedos, lubricó el pene de él.

Los dedos se deslizaban con facilidad subiendo y bajando despacio al principio y más deprisa después por toda la longitud de aquel falo grueso y grande.

El hombre empujaba con las caderas a la vez que la mujer subía y bajaba la mano con delicadeza, con rudeza, acariciando la punta con las yemas de los dedos y más tarde llevándoselo a la boca.

Era imposible no correrse con pasión al sentir la lengua de su amada, sin embargo, aguantó.

Con lentitud sacó el miembro para sentir la suavidad de la boca y enfundándose con rapidez un condón, la introdujo entre los pliegues del sexo de Lily.

Cogió la cara entre sus manos. Ella tenía los ojos cerrados, los labios hinchados y húmedos así que los lamió y los besó.

Estaba drogada, embotada de sexo y él también. Se tumbó con ella encima y ella pidió que la penetrara.

Estaba cachondo y caliente y la entrada de ella tan mojada que se deslizó con suavidad y la llenó en un instante.

Introdujo una mano entre los dos y pellizcó con suavidad el clítoris de la mujer…

Y la mujer galopó… Primero con suavidad, magreándose las tetas, después más rápido terminando en un segundo…

Con un grito salvaje, desafiante y loco muy loco. Gritó el nombre de Adrián con todas sus fuerzas.

Y tomó el miembro y se lo colocó entre los pechos. No eran grandes, pero sí suficientes para poder anidar aquel pene magnífico y restregarlo hasta que se corrió como una fuente.

Tumbados los dos en la cama, jadeando de satisfacción, se abrazaron durante unos instantes. Fue Lily la que habló primero:

—¿Cómo has entrado?

—Salí muy tarde de la reunión, llamé a Oliver y le pedí que hablara con Ros para que me abriera la puerta. Tú seguramente estarías dormida.

—Y muy cabreada, existen los teléfonos, los wasaps para este tipo de cosas.

—No permití que nadie lo llevara. Yo tenía que dar ejemplo. Era el cierre de un contrato muy importante. El cliente era duro de pelar.

Se giró y se puso encima de ella. Tomo su cara entre las manos, y volvió a besarla con pasión. No tenía suficiente de ella.

—No puedo —susurró ella.

—No digas nada. —Se quitó la goma y se puso otra. Empujaba con ganas, con fuerza y ella respondía con las mismas ganas.

Aquello era una locura.

La chica pellizcó los pezones de él provocándole unos gemidos incontenibles.

Debería parar, pero no pudo porque no tenía suficiente de ella, así que salió y se corrió entre las sábanas.

Se levantó y preguntó dónde estaba el cuarto de baño.

Lily le indicó y al rato empezó a sonar el agua de la ducha.

El segundo polvo la dejó con un interrogante bien gordo en la cabeza. Uno que no era capaz de despejar en su cabeza.

CAPÍTULO DIECINUEVE

LOS REMORDIMIENTOS

Acababa de follar con el tipo que más había odiado en su vida. Había disfrutado mucho, como nunca en su vida. Y ahí estaba despatarrada, satisfecha y encabronada.

Así que entró en el cuarto de baño y le dijo:

—Llegaste tarde, muy tarde.

—Tuve una reunión muy importante y no podía informarte. —El hombre se enjabonaba con energía, como si quisiera quitarse la huella que habían dejado las caricias y los besos de Lily en su cuerpo.

—Podías…

—¡No, no podía Lily! —Cerró el grifo de la ducha. Agarró una toalla que había colgada de una percha y se secó. Salió en pelotas del baño y recogió las sábanas que había manchado. Junto con la toalla las metió en la lavadora y la puso en funcionamiento.

—Lo podía haber hecho yo.

—Lily, cariño estoy tratando de ser lo menos molesto posible para ti.

—Pues no lo estás consiguiendo. —Se cruzó de brazos.

—A ver, Lily. Dime qué quieres que haga para que desaparezca la inquina que me tienes. Que me perdones no te sirve. Era un niño, ¿lo entiendes? Estaba solo. Mi abuelo y tu abuela eran las únicas personas que me cuidaban… Eso no lo vas a poder borrar de mis recuerdos.

—Te apropiaste de lo que más quería… —balbuceó.

—Lily, ¡por favor!

—¡No! —gritó.

—Mira, el venir aquí a estas horas ha sido uno de los mayores errores de mi vida. Creía que estaba tratando con una mujer adulta y lo que veo y compruebo es que sigo teniendo delante de mis narices a una niña caprichosa sin empatía y sin capacidad de relativizar. Me marcho. No quiero volver a verte en la vida. Quédate con ese diario. Disfruta de lo que Susi escribió sobre mí.

—Adrián…

—Ni Adrián, ni hostias. —Se vistió a toda prisa y se largó dando un portazo.

No estaba preparada para ese tipo de enfrentamientos. Seguía teniendo emociones encontradas en lo que se refería a ese hombre.

Fue corriendo al cuarto y comprobó que allí seguía abierto el diario, encima del tocador.

Leyó:

«…En las páginas de este diario plasmo las premisas fundamentales para el cultivo de la flor Estrella de Luna en nuestros preciados terrenos. Los herederos de esta tierra deberán

mantener una relación armoniosa, tejida con los hilos del entendimiento y del respeto mutuo. Como los delicados pétalos de la flor que comenzamos a cultivar, su conexión debe ser fuerte, resistente a las tormentas y capaz de florecer incluso en los momentos más desafiantes…»

Lily consideró todo aquello una puta catástrofe… Su abuela era un poquito cabezona… Continuó con la lectura.

«…Es esencial que acuerden cuidar este suelo con amor compartido, entendiendo que cada semilla plantada es un acto de colaboración. Mi nieta y el nieto de Adrián deberán comprometerse a regar las raíces de esta herencia con paciencia y comprensión, nutriendo con el agua de la unidad familiar.

Que este diario sirva como recordatorio constante de la responsabilidad compartida que llevan sobre sus hombros, guiándolos hacia la prosperidad de la flor y la armonía de los lazos familiares…»

«Pero qué *coñooooo*», pensó Lily. Se sentó en el suelo y siguió con la lectura:

«…En estas páginas dejo constancia del nombre del albacea designado para salvaguardar las últimas voluntades relacionadas con nuestros preciados terrenos. Con plena confianza en su integridad y en su conocimiento legal, he encomendado esta responsabilidad al respetado abogado de Adrián.»

«¡El abogado de Adrián!» dijo en voz alta Lily.

—¡Acaba de dejarme en la puerta de casa! —vociferó Ros.

CAPÍTULO VEINTE

LOS INTERESES

No se lo podía creer. Aquello parecía un contrato medieval en el que mediante los matrimonios se unían las tierras, se establecían alianzas y se luchaba contra el vecino invasor.

—¡Ros! ¡Mi abuela se volvió loca! —Con un puñado de certezas y un buen arrebato, Lily se vistió en un segundo.

—Hueles a bien follada, ¡estás radiante! ¿Por qué está loca tu abuela? —Dejó el bolso tirado en la silla. Se quitó los zapatos y se sentó en el sofá. Con una sonrisa soñadora esperó a que su amiga contestara a la pregunta y a todas las demás que le iba a plantear.

—¡No sé! Ese puto diario es una caja de sorpresas. ¡Está lleno de pasajes de amor y en las últimas páginas habla del terreno donde se cultiva la flor de los cojones!

—¿Y? —preguntó Ros. Se encendió un cigarrito.

—¡Que no fumes aquí!

—¿Me vas a echar de esta casa? ¡Ja!

—Ros, cariño, con el humo no me puedo concentrar. —Lily daba vueltas por el salón como una fiera enjaulada—. Creo que mi abuela en el último momento de su vida pegó una «viejá» de las gordas y quiso enredarme en un contrato medieval con el odioso de Adrián. Lee y comprueba por ti misma.

Lily le cedió el diario justo por las páginas donde acababa de repasar todas aquellas gilipolleces sobre compartir terrenos, cultivos, amores, esfuerzos conjuntos

Ros fruncía el ceño, tal era el grado de concentración que dedicaba a la lectura de aquel cuaderno que le estaba volviendo majareta a su amiga: Primero porque no sabía de su existencia, segundo porque la embarcaba en un nuevo tipo de vida, según ella…

Dio un repaso a todo aquello, según le indicó Lily. Parecía un contrato leonino, de los antiguos. De los que implicaban a las dos personas, pero no había forma de saberlo sin reunirse con el albacea y sin que se diera lectura ante un notario…

Todo lo demás serían especulaciones y estupideces de su amiga. Habría que poner manos a la obra, es decir, agendar una reunión inmediata. Adrián se había guardado muchos secretos y ella tampoco estaba muy segura de que ese hombre fuera tan inocente como aparentaba serlo.

No era el hombre odioso que su amiga creía que era, pero tampoco era un mirlo blanco.

El caso es que se puso seria y sin decir ni una sola palabra llamó a Oliver. Estuvo un buen rato dándole palique y cuando terminó tenía a Lily hecha un puto manojillo de nervios.

—Aquí no se ha dicho toda la verdad. Ellos sabían que lo de la tienda era una mínima parte de la herencia. Estamos hablando de un montón de pasta, Lily. Tu abuela estaba forrada y su amante también.

—Querían ese diario, ¿para qué?

—El problema es que su abuelo y tu abuela querían un final feliz para vosotros igual que

el que tuvieron ellos.

—¡Eso es ridículo! —bufó Lily.

—El tema es que ellos pensaban que vosotros seriáis una maravillosa continuación de su historia de amor. Vieron posibilidades y apostaron fuerte.

—¡Renuncio a toda esa mierda!

—No hables tan deprisa. Deberías morderte un poquito la lengua. Igual estamos hablando de una fortuna. Así que hemos quedado en que pasado mañana nos veremos en la notaría y que Oliver ejercerá de albacea y leerá las últimas voluntades de tu abuela que fue la que sobrevivió al abuelo de Adrián.

—No me dijo nunca nada.

—Lily, cariño, nunca quisiste saber mucho de ella ni de sus inversiones.

—¡La cuidé! —insistió Lily.

—Cuando estaba a punto de palmar. Es mejor que te acuestes. Nos esperan unas horas muy interesantes antes de la cita.

CAPÍTULO VEINTIUNO

ÚLTIMAS VOLUNTADES.

Ataviadas con sendos trajes de chaqueta en tonos marfil y verde lima, las dos amigas se presentaron en la notaría que les había indicado Oliver. Allí se iban a terminar de aclarar todas las dudas, todos los malentendidos y sabrían a qué se tendrían que enfrentar Lily y Adrián.

—Este hombre es un bombón, cariño —cuchicheó Ros en el oído de Lily

—Me ha mandado un audio, y no tengo ganas de escucharlo. —Sin embargo, se puso como una loca a oírlo. Duraba un montón y Ros empezó a reírse y exclamó:

—¡Acelera que te ha mandado un podcast! ¡Ja, ja, ja! —Lily se llevó el móvil a la oreja y escuchó atentamente.

—¡Está engorilado!

—¿Por qué?

—Porque habla de compartir la herencia como si estuviéramos en una competición de quién puede ser más patético ¡Menudo gilipollas como si no supiera que los negocios no son para mentes débiles y corazones tiernos! —Lily puso los ojos en blanco.

—¡Calla! ¡Ahí vienen! —Las dos amigas se pusieron en pie a la vez y mostraron sendas sonrisas totalmente impostadas. Cuando se acercaron, Oliver comentó.

—Lo siento, pero Ros no puede entrar. Solo los interesados.

—¡Me niego en rotundo! ¡Es mi representante legal! —exclamó Lily, cruzándose de brazos. Los dos hombres alzaron las cejas y después de un rato de cuchicheos entre ellos, Oliver aceptó que Ros entrara.

—Prometo que no hablaré a no ser que a mi representada se le escape algo que debiera tomar en cuenta.

Así pues, pasaron los cuatro a una sala. En un instante se comenzaron a leer las últimas voluntades por parte del albacea:

—*«En este documento testamentario se adjunta tasación de nuestros valiosos terrenos en dos millones de euros, reconociendo así su inestimable contribución a nuestra herencia. Además, las semillas, cuidadosamente cultivadas han sido tasadas en un millón de euros, mientras que las plantas, testamentos vivientes de nuestra conexión con la naturaleza, se evalúan en un millón y medio de euros…»*

A Lily la cabeza le daba vueltas, tantas, que casi necesitó un GPS para ubicarse de nuevo… Pero ¿qué cojones estaba escuchando?

—Lily, cariño deja de clavarme las uñas en el brazo —cuchicheó Ros en el oído de su amiga.

—*«El método de cultivo, esencial para el florecimiento, queda claramente especificado, garantizando que futuras generaciones continúen nuestra labor con la misma dedicación y respeto por la tierra. Como condición adicional, mi amado y yo solicitamos un casamiento por*

un año en bienes gananciales entre los herederos, promoviendo así la colaboración y el compromiso durante este período actual… Dejo constancia firme y sin ambigüedades que en caso de que las premisas y condiciones establecidas en este testamento no sean cumplidas rigurosamente, el legado de nuestras tierras, semillas y plantas será entregado a la comunidad. Esta medida busca resguardar nuestra herencia, garantizando que solo aquellos comprometidos con los valores y condiciones aquí expresados sean merecedores de tan preciado legado…»

—¡Y una polla! ¡Antes que casarme con ese puto gilipollas, infantil, inseguro y plano me corto las venas!

—¡Vámonos, Lily! —Ros cogió del brazo a su amiga que había entrado en trance… Por decir algo.

La sacaron entre gritos, risas de loca… A empujones la metieron en el coche. Normalmente la mujer no solía ser una «montapollos» pero aquello la había superado.

Y mucho. Ros no sabía si tirar para las urgencias del hospital o para casa.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

LOS PROS Y LOS CONTRAS

Cuando salieron de la notaría la pobre Lily andaba desnortada. Gritaba como una posesa y decía lo más grande de aquel hombre que se acababa de convertir en su peor enemigo.

Ros no sabía si reír o llorar. Menos mal que Lily no se había quitado el cinturón de seguridad, porque capaz era de tirarse en marcha. Por eso Ros no iba muy deprisa. Tampoco estaba muy lejos la casa que habían alquilado para un mes y que ahora, si la histérica de su amiga se lo pensaba un poco mejor, lo de quedarse un mes o un par de ellos a lo sumo, pasaría como mínimo a ser un año.

Cuando llegaron a la casa, Lily gritó:

—¡Es el puto karma, Ros, mi abuela me *odiabaaaa*! —Se abrazó a su amiga aullando, totalmente desconsolada.

—Cariño, no te preocupes. Debes pensar que es una fortuna lo que te está ofreciendo tu abuela, a cambio de un año de tu vida. —La verdad es que la abuela había sido una cabrona redomada, al ofrecer un fortunón a cambio de algo que ella solo lo había leído en los libros de Historia de familias rancias y arcaicas.

«Qué fuerte», pensó Ros.

—¡Es como una puta condena! Pero ¿dónde has visto tú eso?

—En ningún sitio, pero tampoco te ha pedido que vayas virgen al matrimonio, ni herederos…

—¡Oh, cierra la puta boca, Ros! ¡Estoy hasta las pelotas de esta pesadilla! Primero voy a tranquilizarme. Y después firmaré la renuncia de la herencia. Pediré disculpas como una mujer educada, firmaré y saldremos de este pueblo del infierno cagando leches…

—He tomado nota, mientras te dedicabas a odiar al heredero de la otra mitad de la fortuna y sabes que estamos hablando de que vas a despreciar una cantidad de más de dos millones de euros, ¿verdad?

—Esto es indecente, indignante para una mujer como yo, quiero decir para cualquier mujer… ¡Soy libre de hacer y deshacer con mi vida y mi cuerpo lo que me dé la gana para que ahora venga una vieja chocha y me ponga un caramelo en la boca que es un puto *venenooo*!

—Lily, cariño solo tendrás que compartir una casa y un negocio. Ellos solo deseaban que Adrián y tú os conocierais mejor y que el negocio fluyera como un río.

—¡Claro siempre y cuando el río no esté lleno de cocodrilos, pirañas y corrientes traicioneras!

—Piénsalo en tu vida te has visto en otra, con mogollón de pasta…

—Mi abuela me está tocando las narices, la moral y las entrañas.

—Y ¿qué me dices del bolsillo? Viniste a vender una tienda mugrosa que por cierto he convertido en un negocio «putorentable» y si te lo piensas un poquito mejor, te irás dentro de un

año cuando coseches la flor esa tan chula… —Ros ayudó a Lily a ponerse cómoda porque la pobre no atinaba ni a desabrocharse los botones de la chaqueta.

Cuando se sentaron en el sofá cada una con un vaso de zumo de naranja en la mano, Lily continuó:

—Si el negocio va bien, no podré desenredarme de esa puta relación nunca, será como un castigo eterno…

—Puedes nombrar apoderados, representantes legales…

—Estaba tan nerviosa que no escuché nada. —Bebió un poco del vaso de zumo que le había servido su amiga.

—Yo tomé nota de todo. —Señaló su móvil y se dio toquecitos con el dedo índice en la cabeza.

—¿Y en qué consistía el milagro de la flor?

—En realidad, aunque tu abuela y su amante llamaran a la flor «estrella de no sé qué» la plantita se llama *Protogónea* que se planta en las huertas del mediterráneo cerca de las hortalizas, sobre todo el tomate, pues posee propiedades antifúngicas. La plantita solo se cría en microclimas como este y es muy codiciada por los agricultores, porque llevan dos años con una plaga de polilla que se come las flores del tomate como si fueran bistecs de ternera…

—¿Y qué hay de los pesticidas? —preguntó Lily con curiosidad.

—Uy cariño, son peor que la propia peste… ¿O es que no lees los informes que te paso de la Comisión Europea?

—Sí, sí claro, perdona. Estoy distraída.

—¿Qué estás planeando?

—¿Qué más se dijo en la notaría? —Lily frunció el ceño, pensativa.

—Que una nueva cepa de hongo está dañando a la propia flor y solo cuentan con las semillas de tu herencia para poder atacar a las frutas y verduras de este lado del mediterráneo y a su vez crear una nueva variedad resistente de la flor…

—O sea, que poseo la llave de la huerta de Europa…

—Pues yo creo que sí —añadió con una sonrisa maléfica, Ros.

—Es un negocio lucrativo…—Se llevó los dedos a la boca.

—Súper.

—Y solo será un año de convivencia…

—Solo.

—De acuerdo acepto el reto. —Las dos amigas chocaron las palmas de la mano. Ros pensó que al final podría comprar aquella casita pintada de cal con puertas y ventanas de madera rosa y buganvillas rodeando el jardín.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

ME LO HE PENSADO MEJOR

A lo mejor no tenía una yaya chunga, a lo mejor solamente quería que se enfrentara a uno de los retos más grandes que le había propuesto la vida, y por un montón de chiquillerías no había estado capacitada para vislumbrar las posibilidades de aquel proyecto. El caso es que allí estaba delante del espejo, con un vestido sencillo de «novia», con encaje en el escote y a lo largo de las mangas de gasa, con una falda sencilla con una discreta capa de tul que le daba un toque etéreo.

Ros se había empeñado en engarzarle unas pequeñas flores blancas en el pelo porque estaba emperrada en añadir un pequeño matiz romántico y bohemio a una situación que era puro compromiso y negocio.

El día era lluvioso, y Lily agradeció en el fondo de su alma que el agua trajera buena suerte.

—¡Estás divina! —exclamó Ros que iba vestida con un traje de lentejuelas que le había costado un pastón—. Brillas incluso más que yo, ¿estás preparada?

—Todo lo que puedo estar, teniendo en cuenta que esto es un negocio —insistió Lily retocándose el pelo.

—¡Ay! ¡No seas ceniza! En algunos matrimonios de este tipo al final surge el amor con una llama que quema de pasión y de…

—¡Calla!

—Ja, ja, ja. Ya verás, en un año estarás forrada y con un bebé entre tus brazos, como señal del amor que os profesáis Adri y tú…

—Antes me como…

—Sí, ya lo sé, un cubo de arena de la playa. Venga, vamos que queda media hora para el enlace.

Ros cogió un paraguas de publicidad de una inmobiliaria que le habían regalado. Era una horterada, pero tan grande como una sombrilla de la playa. Y ella no podía consentir que su amiga se mojara con lo monísima que iba al «matadero».

Montaron en el coche y al ratito llegaron al edificio que tenía un aspecto un tanto desvencijado. Adrián y Oliver estaban haciendo cola en la calle, porque había cuatro bodas delante de ellos y el *hall* de la Junta Municipal de Distrito era diminuto.

Los novios de las otras bodas estaban felices, radiantes mientras que estos dos lucían cara de perro.

Oliver le dio un codazo a su amigo para que se dignara a saludar a la novia y cuando levantó la cara se quedó tieso como un palo. En su sencillez, la novia lucía un vestido maravilloso con unos zapatos rojos de pulsera. Su pelo… Adornado con aquellas florecillas blancas le hizo tragar saliva, mucha, por lo menos medio litro.

De repente se levantó un ventarrón que arrancó el paraguas de la mano de Ros.

Llovía a cántaros y nada se podía hacer excepto aguantar hasta que les tocara el turno.

Inmediatamente Adrián se quitó la chaqueta del traje y la envolvió lo mejor que pudo. Lily lo agradeció en el fondo porque tiritaba de frío y de los nervios que tenía.

El maquillaje de la cara comenzó a chorrearle por las mejillas. La máscara de pestañas no era *waterproof* y se deslizaba sin remedio también, dándole un aspecto de oso panda.

Gimió sin poderlo evitar. Ros sacó un clínex del bolsillo e intentó arreglar lo que ya no tenía remedio.

Todos carraspeaban, miraban hacia otro lado, hasta que Adrián la tomó del brazo y entró en el *hall* a empujones. Estuvo hablando con el tío de seguridad y en menos de un minuto se encontraron en la sala donde el concejal los casaría.

—¿Estás bien?

—¡De película! —Pero de terror, pensó. El clima había decidido ponerse en su contra también. Ros entró entre los abucheos de las parejas que estaban esperando y se abalanzó sobre su pobre amiga.

—¡Vamos al baño! —Arrastró a la novia, literalmente. Cuando llegaron cogió un rollo entero de papel del váter y comenzó a limpiar lo que pudo.

—¡Déjalo, no me importa! —gemía la pobre Lily.

—¡Y una mierda! —gruñó Ros, mojando el papel en agua y pasándolo por el rostro de Lily—. No voy a permitir que entres con estos ojos de mapache *grung* que ya no se lleva ni por el forro.

—¡Estoy llena de barro! —aulló Lily.

—A ver ¡decídete! Te importa ¿o no? —La mujer seguía restregando la falda con salpicaduras de barro.

—¡*Siiií*! ¡*Noooo*! —Aquello era un puto caos. Se arrancó las flores del pelo. Estaban mustias. La lluvia había esculpido un montón de rizos salvajes encrespados…

—¡*Tíaaaaa*! ¡Pareces una leona en plena caza! ¡Solo te falta rugir!

—Ros… ¡Vete a la *mierdaaaaa*!

—¡Qué carácter, por Dios! ¿Quieres que te lave la boca con un poquito de jabón o prefieres seguir chapoteando en tus miserias? —En ese momento entró Oliver para comunicarles que ya tenían la sala dispuesta para la ceremonia.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

LA BODA

La boda fue un desastre como no podía ser de otra manera. Aquello había empezado muy mal y no tenía pinta de que terminara mucho mejor.

—¿Te encuentras bien? —La cara de Adrián era todo un poema. No sabía cómo salir de aquella situación tan embarazosa. Se sentía acorralado porque no tenía forma de decirle todo lo que sentía en aquella situación. Si no fuera tan cabezona y rencorosa, podrían haber hecho de otra manera…

—¿Qué quieres que te diga? —La contestación de Adrián quedó interrumpida por la entrada del concejal a la sala.

—Buenos días, vamos a dar lectura al acta matrimonial. —Cuando el oficial levantó la vista, abrió los ojos como platos. La novia estaba hecha un desastre, tenía los pelos enmarañados como si le hubieran hurgado en los pelos una manada de gorilas enloquecidos.

—Continúa Demetrio, por favor —Ros levantó la cabeza demasiado deprisa para comprobar que los chicos conocían al oficiante.

—Siendo las… —miró su reloj de muñeca—. doce y media del día nueve de marzo de dos mil veinticuatro comparecen quienes dicen ser Lily González Mejías y Adrián Palacios Gutiérrez al objeto de contraer matrimonio civil en virtud de la autorización recaída en el expediente número doscientos treinta y cinco. En este momento, algún amigo o familiar cercano puede participar con alguna lectura o una anécdota divertida que permita conocer a la pareja que va a compartir la tarta de bodas… —Se oyó el gemido de Lily con lo que Demetrio se puso colorado como un tomate al volver a comprobar que había metido la zarpa hasta el fondo.

—¡Marido y mujer! —susurró Oliver, metiéndole prisa al oficial.

—A continuación, daré lectura al artículo 431 del Código Civil: «Los esposos se comprometen a desarrollar un proyecto de vida en común basado en la cooperación, la convivencia y el deber moral de fidelidad. Deben prestarse asistencia mutua»

—¡Amén! —soltó de sopetón Ros. Cogió los anillos y a toda prisa y sin contar con los «esposos» se los colocó a la vez. Estaba viendo a su amiga pasarlo fatal y tampoco quería que aquello durara una eternidad.

—¡Oiga por favor, esto es una irregularidad! —exclamó Demetrio, ajustándose el nudo de la corbata.

—Demetrio, cariño pregunta ya lo de la puta voluntad de los contrayentes a contraer matrimonio, que los testigos ya estamos presentes y aceptamos todo lo que ocurra aquí, pero que ocurra ¡*yaaaaa*! ¿o es que no te das cuenta del aspecto lamentable de mi amiga, que está a punto de pegar alaridos?

—Por favor, Demetrio, estoy bien, solo quiero que termine esto de una vez… Mira mi aspecto —intervino Lily con una vocecilla lastimosa.

—De acuerdo —respondió mosqueado. Los declaró unidos en matrimonio en nombre de la Ley.

Firmaron el acta matrimonial y salieron a la calle.

A Lily no le sostenían las piernas. Veía borroso. Se apoyó en el cuerpo de Adrián. No es que quisiera, es que, si daba un paso más sola, probablemente se desvanecería.

Tenía mucho frío. No sabía si eran los nervios por aquella situación rocambolesca, el aspecto de loca del coño que debía tener con los pelos revueltos, el vestido lleno de barro, los gritos de Ros, el mosqueo del tal Demetrio, la cara de póker de Oliver o el semblante preocupado de Adrián.

Se miró el anillo. El brillo dorado en su dedo era fulgurante en contraste con su mano pálida.

Miró la mano de Adrián. Su piel era morena en contraste con la suya. Tenía su mano envuelta en la de su ahora esposo.

La suya estaba fría como un témpano. La de él era cálida y suave.

Necesitaba un poco de consuelo, entre tanto caos. Ella sabía que había atraído el mal fario.

No podría olvidar en su vida esta situación tan esperpéntica. Todavía apoyada en Adrián, alzó la cara y cerró los ojos. Él no lo dudó. La besó con toda la ternura de la que fue capaz.

Cuando salieron a la calle un camión pasó a toda prisa por su lado pisando un charco enorme.

El agua sucia y embarrada cayó nuevamente sobre la novia.

La pobre Lily perdió la conciencia.

CAPÍTULO VEINTICINCO

¿ALGO MÁS?

Entre todos la metieron en el coche de Adrián que había ido a buscar Oliver al garaje. Ros la abanicaba con el sobre del acta matrimonial. Para cuando abrieron la puerta del coche y la sentaron ya estaba despierta y centrada. Entonces Adrián le dio a beber de una botella de agua y ella tragó y tragó hasta que la terminó.

—¡Gracias!

—Te llevo a casa. —Adrián se dirigió hasta la puerta del conductor y le pidió a Ros y a Oliver que le acercaran las maletas hasta la casa donde vivirían que no era otra que la casa de su abuelo. La que le había dejado en herencia y que se había encargado de reformar y decorar más a su gusto y necesidades.

No quería recordarle que allí tendrían que pasar el próximo año juntos, pero no revueltos, eso lo tenía claro y se deducía claramente de las últimas voluntades de los abuelos.

La mujer no abrió la boca durante el trayecto que duró algo más de media hora.

Cuando aparcaron al lado de la casa, Lily se quedó perpleja. Aquello parecía el jardín del Edén.

Se bajó del coche. Ya no llovía. Cruzaron un pequeño camino de tierra y Adrián abrió la puerta. En seguida Lily pudo distinguir el salón de la casa. Y era maravilloso.

Pintado de blanco con ventanales en forma de arco que daban a un jardín lleno de buganvillas y como fondo, el Mediterráneo. Suspiró. Paredes vidriadas, puertas correderas, sofás blancos, estanterías de madera, libros, antigüedades… Aquello era una puta fantasía.

—Te acompaño hasta lo que será tu cuarto.

—De acuerdo —Fue lo único que se le ocurrió decir a Lily. Cuando llegaron y Adrián abrió la puerta, la mujer gimió. Había un cuadro de Susi y del abuelo de Adrián. Eran jóvenes, los dos miraban a la cámara. Susi iba vestida de blanco y Adrián le besaba la mano.

Por aquel entonces la abuela de Adrián ya había muerto y Susi era libre de amar al hombre de su vida. Nunca había amado al hombre que eligieron para ella. Lily no le conoció. Se marchó sin dejar rastro alguno.

La habitación era todo luz. El ventanal sin embargo daba a las montañas. A Puig Campana. Cuando había tormenta en esa zona, la lluvia azotaba de lo lindo, y los truenos y relámpagos eran aterradores.

Decorada de forma espectacular con una chimenea, aquella habitación invitaba a no salir en invierno. Al fondo se distinguía una puerta que seguramente fuera el cuarto de baño y que por lo que imaginaba Lily también estaría decorado al último grito. El timbre sonó.

—Dúchate, mientras abro la puerta a Ros y a Oliver.

—¿Por qué sabes que son ellos? —preguntó inocentemente Lily.

—Les he dicho que trajeran tus cosas.

—De acuerdo. —Se metió en el baño. Se desnudó. Se quitó las sandalias rojas y algunas flores que todavía quedaban enredadas en su pelo.

Cuando salió se secó con una toalla suave y se colocó el albornoz y las zapatillas. Mientras se desenredaba el pelo escuchó la voz de Ros. No sabía si salir de la habitación o no, pues se sentía poco menos que una mierda en aquella situación anacrónica y totalmente interesada.

Pero cuando escuchó que se despedía, no pudo evitar salir a toda prisa y abrazarse a su amiga.

Lloraba desconsoladamente. Como una niña abandonada. Aquello no tenía ningún sentido, salvo que dentro de un año estaría divorciada y forrada de dinero si todo iba bien.

La cárcel en la que iba a vivir durante los siguientes trescientos sesenta y cinco días era sin duda una cárcel de oro, llena de lujo y comodidades y seguramente se acostumbraría en un chasquido de dedos, pero para una mujer del siglo XXI, aquella boda interesada daba, para qué negarlo, bastante vergüenza.

—Todo saldrá bien, cariño. Estoy a menos de media hora de nuestra casita de alquiler. En cuanto me llames acudiré rauda y veloz hasta ti. —Fueron las palabras de Ros pronunciadas en el oído de Lily.

—Gracias…

CAPÍTULO VEINTISÉIS

EL NEGOCIO ES EL NEGOCIO

El día de la siembra se aproximaba así que Lily y Adrián se dirigieron hasta los almacenes donde guardaban las semillas. Las tierras estaban en barbecho esperando a que fueran cultivadas.

Cuando llegaron, se bajaron del coche y accedieron al almacén. Atravesaron dos grandes espacios hasta llegar a una habitación cuyas puertas estaban custodiadas por guardias de seguridad.

Cuando Adrián accedió al lugar a través del sistema de identificación del iris, Lily se quedó completamente petrificada. Aquel lugar parecía sacado de una película de ciencia ficción.

Un hombre vestido con una bata blanca y que dijo ser el doctor Martín se acercó hasta ella, y le dijo:

—Ahora que usted forma parte de este negocio, es imprescindible que procedamos a escanear su iris.

—Pero… —titubeó Lily.

—Si a mí me pasa algo, solo tú podrás acceder a este lugar —le indicó Adrián tomándole la mano que sutilmente rechazó Lily.

—De acuerdo —respondió Lily. El escaneo del iris duró unos instantes. Así pues, al cabo de un momento accedieron a la cámara donde se encontraba la caja fuerte con el iris de Lily.

Una vez que la pareja entró, utilizaron también el iris de Lily para abrir la caja de seguridad donde se encontraban las semillas embaladas herméticamente a una temperatura de cinco grados centígrados y una humedad de menos del nueve por ciento para preservarlas de los parásitos y de los mohos.

Los operarios sacaron los sacos que iban a ser transportados hasta las tierras donde próximamente se procedería al cultivo.

Aquella planta era resistente a la sequía, de crecimiento rápido y anual y además era un ser vivo eminentemente adaptado al clima mediterráneo.

Solo hacía falta que en aquellos dos meses que necesitaba, es decir de marzo a junio floreciera y produjera nuevas semillas que acabaran con las plagas que estaban asediando las huertas de Europa.

Se emplearon todas las semillas disponibles para exportar y otras tantas, las restantes para cultivar.

La apuesta era fuerte, porque las necesidades eran imperiosas.

Cuando volvieron al despacho de Adrián, Lily tenía claro que quería intervenir en el negocio de forma directa y con la ayuda inestimable de su amiga Ros.

—Este será tu despacho, al lado del mío, trabajaremos en equipo.

—No lo dudes ni un instante.

—De acuerdo, si me necesitas, estaré aquí a tu lado.

—Bien.

—Perfecto.

—Pues eso es todo. —Lily se levantó y le acompañó hasta la puerta de su despacho. Cerró despacito, tuvo que acallar sus instintos más primitivos pues de buena gana hubiera dado un buen portazo.

En cuanto se quedó sola puso un wasap a Ros

LILY:

«Ros tienes que venir a la de yaaa. Deja la floristería de mi *abu*, y todo lo que tengas entre manos…»

ROS:

«Lily, cariño, enseguida voy, solo tienes que decirme a dónde debo dirigir mi adorable culito…»

LILY:

«Vente cagando leches a la empresa de Adrián»

ROS:

«*Voyyyyyyy*…»

Cuando llegó al despacho de Lily, Ros portaba ya una tarjeta identificativa como empleada de Lily.

—Sí que son eficientes en «Leliepracht Bloemen» —canturreó Ros dándose toquecitos en la tarjeta que llevaba colgada del cuello.

—Te necesito como ayudante de este lío en el que me he metido.

—Sin problema. He cerrado la floristería y he regalado las plantas a las vecinas del pueblo. He puesto un cartel en la puerta de cerrado por asuntos personales. —continuó hablando Ros mientras se tumbaba en uno de los dos sofás que había en el despacho.

—¿Qué tal tu relación con Oliver?

—De puta madre. Creo que es el hombre de mi vida. Es maravilloso y folla como un dios. Me tiene todo el día pensando en él y en el momento en el que nos meteremos en la cama. No pienso renunciar a él. Te lo digo porque no tiene nada que ver que sea el empleado de Adrián. Yo no soy tú y Oliver no es su jefe. —Ros sonrió enseñando los dientes. No iba a renunciar a un hombre bueno solo porque su jefa y amiga fuera una intransigente con un tío la mar de interesante.

—No te estoy pidiendo eso, Ros.

—Lily te conozco desde hace mucho tiempo y sé que lo harás, por eso te estoy poniendo límites. Tu guerra no es la mía. No voy a ceder. Por cierto, ¿cuánto me vas a pagar? Porque de eso no hemos hablado. Y sí, antes de que me lo preguntes ya he arreglado todos los papeles para pedirte una excedencia en el otro negocio que tenías entre manos. Recuerda que soy una mujer

muy eficiente.

Lily le enseñó el contrato de trabajo. Ella también lo era y esperaba que Ros no la dejara tirada como una colilla de esas que se fumaba.

Cuando vio la cifra por la que la contrataba a Ros solo pudo añadir:

—¡Trato hecho!

CAPÍTULO VEINTISIETE

ASÍ COMENZÓ TODO

Después de cenar los cuatro amigos se fueron a pasear hasta las tierras donde se estaba cultivando aquella flor de la discordia.

El olor que desprendían las hojas era una mezcla entre la hierbabuena y el romero.

—Así olía Susi. —dijo Adrián colocándole un pequeño tallo detrás de la oreja—. Cuando venía de pasear con mi abuelo y los esperaba en la puerta de la casa corría a abrazarme a ella y el aroma me envolvía como una manta cálida y suave. Lily le miró fijamente a los ojos. Durante un momento. Se tocó las hojas del tallo que le había colocado Adrián. Luego se miró el anillo y se llevó la mano a la nariz y a la boca…

—¡Tenemos que deciros algo! —soltó Oliver de sopetón.

—¿Vais a casaros? Espero que tengáis más suerte que nosotros—continuó Lily con un resquicio de mala baba.

—¡No, cariño! Sabes que tú hubieras sido la primera en saberlo —exclamó Ros. Cogió la mano de Oliver y se la llevó a la barriga.

—¡Oliver, tío no me lo puedo creer! —Adrián se abrazó a su amigo y los dos se echaron a reír, aquello era lo mejor que había escuchado desde hacía mucho tiempo.

—¿Estás *embarazadaaaaaa*? —gritó Lily sin poder contenerse.

—¡*Siiiiií*! —Los cuatro amigos se abrazaron y bailaron en círculo.

—¡Esto hay que celebrarlo! —exclamó Adrián.

—Pero sin alcohol ni tabaco… —le advirtió Oliver a Ros.

—¡Vamos! ¡Conozco un sitio maravilloso donde hacen unos pasteles de escándalo!

Así que se montaron los cuatro en la *pick-up* de Adrián y se acercaron hasta el pueblo.

Cuando llegaron al café que estaba en la plaza de la Iglesia, se sentaron en una mesa al aire libre.

A los futuros papás les brillaban los ojos de felicidad. Se miraban, se besaban se hacían carantoñas y se abrazaban.

Lily los miraba con envidia. Porque la verdad era que, aunque se alegraba por su amiga, ella seguía en la casilla de salida de un juego absurdo y sin posibilidades de prosperar.

Cuando el camarero salió a tomarles nota, Oliver pidió unos pastelillos de crema y almendras típicos de la zona con una botella de cava para los tres y un refresco de naranja para la futura mamá.

—¡Eso no es justo!

—¡Sí que lo es! Cuando tengas al bebé, dejaremos que te mojes un poquito los labios en la copa —añadió risueña Lily.

Y el camarero llegó con la botella, las copas, y el refresco. Adrián descorchó la botella y sirvió las tres copas. Oliver mientras tanto abría la lata de refresco de naranja para Ros.

Ros pidió un deseo de los gordos con los ojos cerrados. Deseaba que su embarazo fuera maravilloso. Que su hijo naciera sano. Pero su amiga verbalizó lo que ella deseaba con todas sus fuerzas.

—¡Por Ros y Oliver! ¡Que su niño sea un bebé dulce y sano!

—¿Niño? —preguntó curioso Adrián, mientras alzaban la copa.

—¡Sí! Siempre he querido ser tía «postiza» de un niño con pecas —sonrió Lily.

—¡Me encanta que tengamos un niño! —añadió Oliver. Se le veía a la legua que era un hombre totalmente enamorado. No hacía mucho que Ros y él se conocían, apenas unos meses, pero aquello además de un flechazo a primera vista había sido amor de los buenos, de los de verdad y para siempre.

Y Lily quería eso para ella también.

Lo que no tenía asegurado es que fuera con Adrián.

Porque a través de la convivencia, de compartir horas en la oficina y en la casa estaba empezando a sentir cosas que no sabía si deseaba.

Cuando salían a la terraza al atardecer y se sentaban en aquellas hamacas que tenía colocadas Adrián en los troncos de las palmeras, el sonido de las olas rompiendo en la orilla les inundaba de tranquilidad, pero aquel sosiego estaba bañado de sentimientos que no afloraban, pero que desbordaban a través de cada uno de los poros de la piel de Lily.

Adrián suspiraba y a menudo se tiraba de cabeza a la piscina después de cenar. Nadaba hasta terminar exhausto y cuando salía se metía en la sauna que estaba en una caseta al lado de la piscina.

Hablaban poco, pero sentían mucho.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

EL TIEMPO NO ACOMPAÑA

Las previsiones meteorológicas eran de todo menos agradables. El mes de junio estaba siendo un poco inestable. Adrián entró en el despacho de Lily con un papel de las previsiones para aquel fin de semana.

—¿Puedo pasar? —habló Adrián desde detrás de la puerta. Lily y Ros estaban tomándose diez minutos de descanso pues llevaban trabajando desde las ocho de la mañana. A Ros se le empezaban a hinchar las manos y los pies pues estaba haciendo demasiado calor para la época. Por eso cuando Lily le dijo que podía pasar, Ros seguía con los pies encima de la mesa. Adrián se acercó hasta ella y la besó en la mejilla, mientras que a Lily la saludó cortésmente.

—¿Qué nos traes de novedades, querido padrino de mi criaturita?

—El parte meteorológico. Va a llover este fin de semana.

—Pero, eso es bueno, ¿no? —Lily frunció el ceño. A pesar de que la relación con Adrián era fluida pero no revuelta, con el tiempo comenzaba a conocerle y el frunce que llevaba marcado en el ceño, era indicativo de que las cosas no estaban funcionando nada bien.

—Vivimos en una zona en la que no es descartable que las lluvias que se esperan para este fin de semana desemboquen en fenómenos torrenciales. Lily hemos cultivado todas y cada una de las semillas que teníamos de la herencia de nuestros abuelos.

—¿Y las que exportamos?

—Se han perdido.

—¿*Queeeeé*? —Lily se levantó de golpe y sopetón. No sabía nada sobre aquello.

—No quise preocuparte. Nuestra relación está apoyada prácticamente en un hilo.

—Y en un nivel de confianza del cero por ciento, por lo que veo.

—Lily, es posible que este negocio se vaya a la mierda, si las previsiones son como me temo.

—Tampoco notaríamos mucha diferencia. —contestó Lily intentando aparentar una indiferencia que no sentía.

—*Ok*, solo quería que lo supieras. —Adrián cerró la puerta del despacho de Lily con suavidad, dejándole encima de la mesa el mapa de previsión para el fin de semana.

El silencio más que incómodo, se instaló en el despacho. Ros bajó los pies de la mesa. Cogió el bolso que tenía colgado en el perchero y dijo:

—Si necesitas algo, llámame. Estaré en casa con Oliver. No vamos a salir a cenar.

—De acuerdo —contestó Lily. Se acercó hasta su amiga y la abrazó con todas las fuerzas de las que fue capaz. Cuando se marchó Ros, Lily se acercó hasta el ventanal.

El sol brillaba con mucha intensidad. No había ni un atisbo de nubes. Parecía increíble que el tiempo fuera a cambiar de esa forma tan inesperada.

Así lo había hecho su vida. Cambiaba de forma drástica e inesperada. A lo largo de los meses había comprobado los esfuerzos de Adrián por hacer la relación más llevadera.

La llevaba a pasear por la playa. Le pedía el diario de la abuela y le leía los pasajes en los que aparecía él de vez en cuando, como un niño perdido, un adolescente sin tierra debajo de sus pies o un joven antes de irse a la Universidad, lleno de dudas y temores.

Lily se mordía los labios y apretaba las manos en puños para no levantarse y salir corriendo al encuentro de Adrián.

Para decirle que lo sentía mucho.

Que había sido una mujer estúpida y egoísta.

Que le quería pedir perdón.

Sí, mucho perdón, por lo fría y distante que se había mostrado con un hombre que había pasado las mismas necesidades y había tenido las mismas carencias emocionales que ella.

Pero que aún no estaba preparada para dar el paso.

No sabía cuál podía ser el catalizador que le diera la energía de activación suficiente para acercarse a él y acurrucarse entre sus brazos.

Para entregarse a un hombre bueno y sensible que hacía lo posible y lo imposible para darse a conocer.

A lo lejos podía ver a las plantas que se habían convertido en pequeños arbustos.

Las flores fecundadas se estaban transformando en frutos.

Pero aquellos frutos todavía seguían siendo verdes e inmaduros.

Como su corazón.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

TORMENTA EN EL CIELO

Habían salido a la terraza con vistas a la playa, a cenar. Lily llevaba puesto un pijama de seda color rosa pálido. La camiseta de tirantes caía de forma suave e insinuante sobre su pecho, dejando ver el inicio del tatuaje minoico.

A Adrián se le notaba la excitación. No podía disimularlo. Tenía la polla dura como una piedra. Lily le preguntó:

—Tienes en tu despacho pintada la misma escena que yo llevo tatuada en el pecho, ¿es casualidad?

—No —contestó Adrián mientras se llevaba un trozo de salmón con salsa de mango y jengibre a la boca que había preparado Lily para poder asombrarle de alguna manera…

Se limpió la boca con la servilleta y la dejó apoyada entre las piernas. Le resultaba muy incómoda aquella situación.

—¿Te lo dijo mi abuela? —Lily bebió un poco de vino que se había servido en la copa. Las burbujas del líquido le hacían cosquillas en la boca.

—Sí, pero ya había viajado mucho antes a Creta. La cultura minoica me fascina.

—¿Por qué? —insistió Lily.

—Aquella sociedad tenía una economía basada en la ganadería y el comercio.

—Todas las culturas del Mediterráneo eran así.

—No lo dudo. Pero lo que más me atrae de ellos era la paz. Sus barcos no eran de guerra. Solo utilizaban su flota para comerciar con oro, plata y cerámica.

La paz. A ella le atraía exactamente lo mismo de aquella cultura. Sobre todo, porque su vida había sido una continua guerra entre su mente y su corazón.

—No has tenido mucha calma en tu vida, supongo. —continuó hablando Lily.

—No. Tu abuela fue un pilar fundamental de mi vida cuando no tenía nada en lo que apoyarme. —Bebió un poco de vino porque el salmón se le hizo bola en la boca y era incapaz de masticar.

—Comprendo. —Con toda su alma, le entendía. Ella vivió un vendaval porque su madre la tenía abandonada a su suerte y a su abuela por puta cabezonería dejó de verla.

Un rayo cruzó el horizonte. A Lily le entró pánico.

—Ya viene la tormenta. —La voz de Adrián sonó dura e implacable.

—Solo es un rayo. Seguramente serán cuatro gotas de nada.

—¿Estás preocupada, Lily? —Adrián sonrió.

—Las tormentas más peligrosas son típicas del otoño. La lluvia no será intensa. —Pero un rayo que atravesó el horizonte iluminando el cielo le produjo un escalofrío que no pudo

disimular. Adrián comprobó cómo se encogía de frío y se acercó hasta Lily que parecía un poco más receptiva que de costumbre.

Se le había quedado grabado a fuego el momento en el que se había acostado con Lily.

Sufría de necesidad, y cómo no, de amor. Porque la amaba como un loco, y no podía confesarlo.

—Lily. —El hombre se acercó hasta ella y se puso en cuclillas. Le tomo la mano en la que llevaba puesto el anillo que asombrosamente no se lo había quitado.

Él tampoco. Le besó el dedo que portaba el anillo. Se lo metió en la boca y comenzó a chuparlo con delicadeza. Oyó un gemido de la mujer.

Y eso le animó a continuar. Porque la deseaba con fiereza.

Lily lejos de rechazarle apoyo la otra mano en la cabeza del hombre. Acariciaba con suavidad el pelo sedoso al mismo ritmo que Adrián besaba y lamía la muñeca.

La mujer se levantó la camiseta para que observara a la luz de las antorchas del jardín sus pezones grandes y duros y para que recorriera con la lengua las marcas del tatuaje.

Entonces sin mediar palabra, Adrián la cogió en brazos y se la llevó a su habitación.

Sabía que Lily había entrado y había cotilleado en todos sus cajones. Eso le gustaba. Porque intuía que le atraían sus cosas y saber sobre él. La depositó en la cama, y se paró un momento para abrir los grandes ventanales. Porque follarían en medio de la tormenta. Con el dios de los vientos azotando con fuerza contra los cristales.

CAPÍTULO TREINTA

TORMENTA EN EL CORAZÓN

La desnudó. Solo llevaba el pijama. Aquella camiseta de raso que le había vuelto loco durante la cena salió disparada al igual que los pantalones. Su ropa llevó el mismo camino, se puso un condón y le mostró una erección de campeonato a Lily. Quería que le tocara, que se restregara contra él.

Y no se hizo esperar. Como si le hubiera leído el pensamiento, Lily se tumbó encima de él y dejó que su sexo húmedo se apoyara en su polla caliente y dura.

Un relámpago iluminó el cielo y también la habitación que estaba totalmente a oscuras mientras Lily y Adrián se besaban apasionadamente.

Ella estaba tan caliente y húmeda que Adrián se deslizó hasta su interior con total suavidad.

Cuando sonó el trueno, Lily se alzó y cayó con fuerza encajándose perfectamente en el cuerpo del hombre.

Se escucharon las gotas de lluvia repiquetear sobre las baldosas del jardín y el mar embravecido al fondo.

Con el siguiente rayo, Adrián se volvió loco y fue él el que esta vez empujó con fuerza a su mujer.

Porque, aunque aquella boda maldita, estipulada por un par de viejos caprichosos no significaba nada para ellos, con aquel sonido ensordecedor y cada empuje de su polla, parecía recobrar todo el sentido del mundo.

En medio de aquella tormenta desatada Lily le pedía más y más y él se sumergía una y otra vez en el sexo de su mujer con la misma fuerza que los elementos desatados de la naturaleza.

Hasta que Lily gritó de placer pronunciando su nombre.

—Adrián —susurraba en su oído a la vez que su sexo se contraía de placer. Con cada contracción el hombre sentía que le exprimía hasta el alma y con un gruñido de placer se derramó dentro de ella.

Respiraban de forma entrecortada. Se abrazaron como locos, lloraban sin ningún tipo de freno.

Parecía que aquella manera de follar se había convertido en algo que les había revuelto de tal forma que había supuesto algo catártico para ellos. Lily dijo:

—Lo siento. Creo que me he…

—Te has, ¿qué, Lily? —preguntó porque la mujer se había quedado callada algo más de un par de segundos.

—Enamorado de ti. —concluyó llevándose las manos a la cara muerta de vergüenza. Aquello le había salido del alma. Adrián sonrió. Un relámpago volvió a iluminar la habitación y Lily vio aquella sonrisa tan hermosa. Entonces la cogió y se la colocó encima de él.

—Eso significa que… ¿Me has perdonado? —le susurró al oído.

—Sí —contestó Lily con la voz emocionada.

—Yo también te amo. De hecho, jamás he dejado de hacerlo, aunque renuncié a ti cuando me enteré de que murió Susi.

Adrián se levantó, cerró los ventanales y se volvió a acostar junto a Lily. Los envolvió a los dos en el edredón y cerró los ojos.

Por fin su corazón comenzaría a llevar el ritmo que le marcara el amor. Se abrazó a ella sintiéndose nuevamente aquel niño que se emocionaba al saber que Lily llegaría al pueblo a pasar el verano.

Lily por su parte empezó a respirar de forma pausada, tranquila y relajada.

Y también de forma profunda. Porque casi siempre retenía el aliento y el aire no le llegaba al diafragma de forma correcta. Siempre sentía esa opresión en el pecho, esa sensación de falta de aire por cualquier situación, aunque fuera poco complicada y de fácil solución.

Cuando mañana se levantara y le dijera a Ros que por fin había hecho las paces con Adrián, no se lo iba a creer.

De forma casi intuitiva se llevó la mano a la barriga. Quién sabe si en ese mismo instante se habría quedado embarazada. Sonrió y se abrazó aún más al cuerpo cálido y musculoso de su Adrián.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

ADIOS A UN SUEÑO

Eran las seis de la mañana cuando escucharon el timbre de la puerta. Era un sonido insistente, acompañado de gritos que pronunciaban los nombres de Adrián y de Lily.

Adrián encendió medio grogui la lámpara de la mesilla y cogió el teléfono. Tenía diez llamadas perdidas. Se incorporó deprisa.

—Lily, cariño despierta.

—*Mmmm* —fue todo lo que dijo. Se abrazó nuevamente a Adrián.

—¡Lily! ¡Adri! ¡Abrid la *puertaaaaaa*! —Oliver gritaba desgañitándose.

—¡Qué pasa! —Se incorporó la mujer en la cama.

—¡Vístete!

—¿Y si le ha pasado algo a Ros? —Se levantó como si le hubieran metido un petardo en el culo. Fue al vestidor y se colocó una camiseta y un vaquero. Se puso unos calcetines y unas deportivas.

—No lo sé, cariño —Fueron las palabras de Adrián.

Enfilaron por el pasillo hasta llegar a la puerta. Abrieron y allí se encontraban Ros y Oliver con cara de circunstancias. Ros se abrazó a Lily.

—No me asustes, Ros por favor, ¿tu bebé está bien? —Lily acarició la barriguita de su amiga, que ya empezaba a notársele.

—¡Mi bebé está perfecto! ¡Son los cultivos, Lily!

—La granizada ha sido terrible. Han sido diez minutos sin parar de caer piedras del tamaño de huevos de gallina. —añadió Oliver.

A Lily se le llenaron los ojos de lágrimas. Los cuatro echaron a correr hasta la *pick-up* de Adrián.

El hombre arrancó el motor y salieron hacia los campos de cultivo.

Los caminos aparecían blancos. Como si una gran nevada hubiera cubierto con su manto los campos.

—¿No escuchaste el móvil, Adri? —Fue la pregunta de Oliver. A él le habían advertido los guardas de seguridad que custodiaban las plantaciones, porque, aunque avisaron a los dueños, estos no daban señales de encontrarse en casa…

Lily se puso colorada como un tomate, cosa que no pasó desapercibida a los ojos de Ros. Esta le cogió de la mano y se la apretó con cariño. Lily besó en la mejilla a Ros. Sus ojos brillaban como dos diamantes, al igual que los de Adrián.

—¡Déjalo, Oli! ¡Posiblemente estarían muy ocupados follando! —A Lily se le escapó una risotada nerviosa—. Eso pasa en las mejores familias, ¿verdad, Adri?

—Verdad, Ros. —Adrián tomó la mano de Lily y le plantó un beso lleno de amor. Lily volvió a colocar la mano de «su hombre » en el volante y a cambio le besó en los labios.

—De acuerdo aceptamos que estabais follando como conejos, pero ¿no escuchasteis nada? —inquirió atónito Oliver.

—Cariño, son los efluvios del amor, que te dejan totalmente drogado y satisfecho. El sueño entra inmediatamente, ya sabes que a mí me dejas totalmente dormida cuando me follas sin parar.

Fue un momento de risas de los cuatro amigos. Sin embargo, la alegría duró poco, muy poco.

Porque cuando llegaron hasta las plantaciones vieron aquel panorama apocalíptico.

—¡Dios! —exclamó Lily.

Adrián y Oliver echaron a correr. Las chicas no sabían muy bien por qué, pero se dirigieron a una zona vallada que se veía a lo lejos, que estaba algo más protegida de la intemperie.

El campo yacía devastado. Lo que antes eran un mar de delicadas flores azules que competían en color con el maravilloso cielo del mediterráneo, ahora era un paisaje desolador cubierto por un manto blanco de granizo. Los tallos que una vez se alzaron con gracia, ahora estaban doblados y rotos bajo el peso de las piedras de hielo.

Las flores que habían sido el orgullo de la abuela de Lily, y del abuelo de Adri, habían quedado destrozados con los pétalos desgarrados y esparcidos por el suelo.

Lily se agachó y cogió una de las plantas. El granizo había dejado profundas marcas en el tallo. Alzó la vista y contempló a Adrián, también se encontraba destrozado. El verdor se había desvanecido bajo una capa de hielo. El aire cargado de humedad olía a desesperación.

El proyecto de los abuelos parecía haber sido víctima de la ira despiadada de la naturaleza. A medida que el sol comenzaba a filtrarse entre las nubes, iluminando el campo destrozado, quedaba claro que no habría ningún tipo de recuperación.

Lily salió corriendo a abrazarse a Adrián.

—Ni las plantas madre han podido sobrevivir. Esto es el final. —concluyó Adrián destrozado—. Eres libre Lily.

Adrián se deshizo de su abrazo. La única cláusula de aquel contrato medieval y anacrónico que podía librarles de las ataduras de vivir juntos durante un año se acababa de producir.

El hombre se dispuso a abandonar el campo, el proyecto y a la mujer que más había amado en su vida.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

LA VERDADERA LUCHA

Lily vio pasar a toda prisa a Adrián. Se dirigía hacia la camioneta. Tenía el rostro desencajado por el dolor. La pérdida había sido enorme, sin embargo, lo que no sabía, era que ella no le iba a abandonar.

Subió corriendo el montículo hasta donde se encontraban Oliver y Ros.

—¿Qué ha pasado aquí exactamente, Oliver?

—Se ha perdido el cultivo, las plantas madre y además no nos quedan semillas de la cepa resistente.

—Déjame ver… Aquí no solamente es experto Adrián. Ros, cariño ¿sigues llevando la navaja multiusos en el bolso?

—Por supuesto, cielo… Aquí tienes. —Ros le pasó la navajilla. Lily hizo una pequeña sección en la planta y la envolvió en un papel de celulosa. Le pidió a Olivier que la llevara hasta el laboratorio que había en la empresa.

Hizo un corte micrométrico y lo puso en una placa Petri. Lo tiñó y lo miró a través del microscopio.

Ros la había seguido y le gustaba que su amiga entrara en acción. Aquella Lily era la que molaba y no la niña caprichosa, celosa y consentida, llena de rabia y resentimientos.

—El meristema está intacto… ¡El meristema está *intactoooo*!

—¿Sí, cariño? ¡Me alegro mucho! —respondió Ros a los gritos desaforados de Lily.

—¿No lo entiendes? —Lily tenía cara de loca.

—Ni puta idea, sé de plantas lo imprescindible.

—No importa. Necesito que la mayor cantidad posible de superficie afectada suba el punto térmico. Y podamos salvar todas las plantitas que podamos.

—Pero ¿eso es posible? —La cara de Ros se iluminó como un faro en la niebla.

—Tengo que pensar… No tengo tiempo, no sé qué hacer… ¡Oh, Dios! —Lily se restregaba la cara. El pelo lo tenía revuelto de la noche que había pasado junto a Adrián. Sonrió. Pero solo un poco. Tenía que buscar la solución a aquel desastre de la naturaleza y demostrarle a Adrián que lo suyo podía continuar, que había esperanza en medio de aquel desastre.

—Creo que deberíamos ir a tomar un café. Yo con cafeína pienso mucho mejor —afirmó Ros.

—Tengo que pensar, tengo que pensar…

—¿Me has oído, Lily?

—¡Ay, Ros, no tengo tiempo ni de mirarme las orejas, ¡como para ir ahora en medio de este infierno y con el frío que hace a tomarme un café!

—Pues a mí me parece una idea magnífica. Con el estómago lleno siempre se piensa mejor que con las tripas crujiendo.

—No puede ser, Ros lo siento. —La cara de preocupación de Lily era el fiel reflejo de las ganas que tenía de que todo volviera a ser como antes.

—Además la cafetería a la que vamos Oli y yo en los días en que hace fresquito y como el camarero, que es un amor, sabe que estoy embarazada nos saca una estufa de esas de butano y…

Lily se quedó frenada de repente y preguntó a Ros:

—¿Cómo has *dichooooo*?

—Que Oli y yo vamos a tomar café a un sitio con un camarero muy majo…. —Ros tenía los ojos abiertos como platos. Lily se sentó a su lado en una pequeña banqueta de laboratorio que había acercado hasta la silla donde se encontraba su maravillosa y adorable amiga.

—¡No! ¡Lo otro!

—¿Lo otro? Déjame pensar… ¡Ah, sí! Que Lute ,el camarero, me saca una estufita de esas de butano que son exteriores de forma piramidal con fueguito para que no me enfríe ni yo ni mi bebé…

—¡Te *amooooooo*! ¡Bendito el día en que te conocí! ¡Eres *maravillosaaaa*, eres la hermana que no *tuveeeee*! —La abrazó con todas sus fuerzas.

—Pero ¿qué he dicho para merecer todo este cariño, así de repente y a borbotones?

—¡Las *estufasssss*!

—¡No me jodas! Vas a quitarles el frío, a aquellas plantitas que todavía no se han congelado… ¡Eres un puto genio!

—Tú y yo formamos un tándem de maravilla…—sonrió Lily mientras acariciaba la cara de su amiga.

—¡Tú eres la que me iluminas!

—¡Voy ahora mismo a llamar a Adrián! ¡No hay tiempo que perder! No vamos a perder toda la plantación. Recuperaremos la mayoría si tenemos suerte y conseguimos la mayor cantidad de estufas en el menor tiempo posible…

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

LOS RESULTADOS

Ros acababa de llamar a Oliver para contarle la maravillosa idea que había tenido. Oli le prometió que le bajaría la luna en cuanto pudiera.

Observaba a su amiga que se acababa de encontrar a Adrián en la entrada del laboratorio. Lily gesticulaba y gritaba... Adrián cuando terminó de escucharla la abrazó y la besó con pasión. Salieron corriendo de la mano y montaron en la *pick-up*.

Sonó el móvil nuevamente. Era Lily.

—Dime, cariño —contestó Ros.

—Necesito que me encuentres todas las estufas disponibles del pueblo, de los pueblos de al lado, de la provincia e incluso de la región. Les gratificaremos con generosidad.

—¡Eso está hecho!

—¡Cuando termines la gestión me avisas! —gritó Lily, totalmente conmocionada.

—En cuanto acabe me acerco con Oli. Allí estaremos para echaros una mano y lo que haga falta.

—¡Ni se te ocurra! ¡Tú te quedas en casa!

—¡No hay trato! Estoy embarazada, no estoy lisiada ni enferma.

—Ros, cariño, puedes caerte, puede haber una explosión de alguna botella de gas.

—No hay trato. —Y la colgó. Llamó a Oliver para comentarle toda la gestión que tenía que realizar, para que la ayudara por si conocía a algún comercial de la región que colaborara en la gestión.

Al cabo de una hora ya estaban en las tierras donde habían cultivado la dichosa planta.

Algunas zonas lucían totalmente anegadas y aquello no parecía tener solución, pero había otras que estaban más al abrigo de la ladera que fue donde concentraron todos sus esfuerzos.

Trabajaron día y noche en la colocación de estufas en aquellos lugares donde parecía que pudiera producirse el milagro.

Lily y Adrián se quedaban a dormir junto con los guardias de seguridad y los agricultores en las tiendas de campaña que habían preparado para vigilar que el proceso se llevara con total seguridad. Dos parques de bomberos de la zona estaban avisados en caso de que las condiciones meteorológicas fueran adversas y se levantaran nuevamente vientos y tormentas.

Las previsiones del tiempo no eran malas. Lily rezaba para que se salvara la mayor cantidad de plantas.

Por la noche y sin apenas comer, caían rendidos en la tienda de campaña. Se metían en los sacos de dormir y al amanecer volvían a observar y a cambiar las bombonas.

Establecieron turnos para los trabajadores, pero ellos fueron los únicos que permanecían allí de forma constante.

Ros y Oliver se acercaban a mediodía a llevarles la comida y Oliver le comentaba cómo iban los otros negocios de Adrián.

Y así pasaron unas cuantas jornadas hasta que un día decidieron que el peligro había pasado y que una zona de una hectárea aproximadamente había comenzado nuevamente a revivir.

En extensión no suponía mucho, pero habían luchado como jabatos para conservar la herencia de sus respectivos abuelos.

Cuando recogieron todo y llegaron a casa, Lily y Adrián estaban exhaustos pero felices.

Habían conseguido luchar por aquello que querían más allá de lo que suponía una ganancia económica.

Pero en aquella guerra sin cuartel contra la climatología y la naturaleza se había forjado un amor de los buenos.

De los que duraban para siempre.

EPÍLOGO

Un par de niños jugaban en la playa. Uno se parecía a Oliver y la otra se parecía a Lily. Corrían detrás de Adrián con un cubo de agua. Querían pillarle como fuera y regarle la cabeza porque Ros les había contado que con el agua del mar crecían cangrejos por todo el cuerpo y las manos se transformaban en pinzas.

—¡Papi! ¡Serás un *cangrejoteeeee*! —Adrián se revolcaba en la arena y reía sin poder contenerse. Cogió a los niños uno en cada brazo y se metió con ellos en el mar.

—¡Qué mono es tu maridín! —exclamó Ros.

—¿Qué habláis de mí, malvadas? —preguntó Adrián cuando salió con los niños del agua.

—Están diciendo que eres muy mono. —añadió Oliver mientras le hacía cosquillas a su nene. Las risotadas del pequeño se oían desde lejos.

—Tú también lo eres, amor mío. —dijo Ros. Cogió por los hombros a Oliver y le plantó un beso en la boca. Salieron disparados hacia el mar con el niño en brazos muertos de la risa.

Lily los observó risueña. Cogió a su peque en brazos y la besó.

—¡Violeta, cariño ven con la tita Ros! ¡Vamos a ver unos pececitos que han venido a saludarte! ¡Ven! ¡*Correeee*! —La niña no se lo pensó dos veces. Miró a sus papás y los dos asintieron para que fuera a jugar con sus titos postizos.

Fue entonces cuando Adrián le tomó de la mano a Lily y se pusieron de pie para dar un paseo por la playa. Estaba comenzando a atardecer. Era una tarde de julio preciosa.

—Cada día te amo más, mi vida!

—Yo también, Adri. —Se abrazaron y se besaron apasionadamente. Cuando se separaron Lily comentó:

—¿A pesar de la que lie con las estufas para salvar las plantas?

—No salvaste a las plantas. Apenas quedan semillas para abonar un jardín. Pero ¿sabes qué?

—Dime, mi amor —contestó risueña, Lily.

—Apostaste fuerte por nosotros y aquí estamos. Te adoro, cariño. —Adrián cerró los ojos y besó con pasión al amor de su vida.

AGRADECIMIENTOS

Muchísimas gracias por leer esta pequeña historia sobre el amor y los caminos a veces sinuosos, hasta llegar al más puro de los sentimientos humanos.

Si te ha gustado esta historia de risas y lágrimas me encantaría que dejaras tu opinión que es muy importante para mí en:

http://www.amazon.es/